

Sed misericordiosos como vuestro Padre es misericordioso¹

Luis María Guerra Suárez*

Resumen

Las siguientes páginas muestran un recorrido por las acciones de Jesús en su vida pública; acentuando la misericordia como eje centralizador de su mesianismo, siguiendo la lectura del evangelio según san Lucas.

Palabras claves

Misericordia, Mesías, profeta, Reino, Magníficat, comunión y compasión.

Abstract

Las siguientes páginas muestran un recorrido por las acciones de Jesús en su vida pública; acentuando la misericordia como eje centralizador de su mesianismo, siguiendo la lectura del evangelio según san Lucas.

Keywords

Mercy, Messiah, Prophet, Kingdom, Magnificat, Communion

¹ Conferencia pronunciada en el Acto Académico organizado por el ISTIC con motivo de la celebración de Santo Tomás de Aquino el 28 de enero de 2016.

* Doctor en Teología Bíblica por la *Pontificia Università Gregoriana* (Roma). Profesor estable del Instituto Superior de Teología de las Islas Canarias Sede Gran Canaria.

Son muchas las características a partir de las cuales se puede evocar a Policarpo; yo he escogido dos de ellas: amigo y pastor.

En primer lugar, Policarpo era un gran amigo. Su pastoral consistía en derrochar y desarrollar la esencia de la amistad. Conocía gente desde los obispos hasta el último miembro que había entrado a formar parte del consejo pastoral parroquial en la parroquia de la Virgen de la Vega (de la cual era párroco). Era amigo de amigos. Los amigos los tenía desde Roma, pasando por la Conferencia Episcopal Española hasta el último alumno que se había matriculado en sus asignaturas. Ser amigo es ser hombre-mujer de diálogo. Su pastoral le llevaba a ir abriendo el corazón de par en par con el dinamismo de la conversación. En el diálogo, Policarpo no imponía, sino proponía. Y proponía sin encasillar a la persona con la que estaba conversando. Policarpo, miraba la agenda no el reloj. Su misma figura patriarcal le predisponía a ser aceptado como hombre del "tú". Así mismo, a Policarpo le gustaba reír en la conversación. Una sonrisa y una risa con desparpajo, sonora y de ese "nosotros" que iba construyendo poco a poco con los ladrillos de la paciencia y la mansedumbre.

La segunda característica para adentrarnos en la figura de nuestro amigo es la de Pastor. Todo su trabajo debe ser leído desde la figura del Buen Pastor. El regalo que me dio cuando me ordené de sacerdote fue un Buen Pastor. Con él se puede decir con el profeta Jeremías (Jr 3, 10ss) "les daré pastores según mi Corazón". Su pastoral era y es interpretada en clave de "comunidad". El creía en los órganos eclesiales de animación pastoral como órganos que animan en el Espíritu el trabajo creyente. Así mismo, estaba enamorado de una regla fundamental de la pastoral: "la hora de los laicos y los seglares ha llegado". Creía en una comunidad plural donde los distintos dones se funden en un mismo sentir para la misión. Tenía la sabiduría de unir sin dividir, donde el conjunto se eleva no por la oposición sino por la complementación.

Agradecemos al Cielo todo lo que le dio a Policarpo, y lo que nos entregó por medio de él. Agradecemos a Policarpo su talante sapiencial. Una sabiduría no tanto de contenidos, que también, sino de una experiencia compartida. Agradecemos a su tierra "conejera", de la que nunca se olvidó, sus orígenes (familia, parroquia, párrocos,...), a la que en los últimos años le entregaba más tiempo y dedicación. Agradecemos a Policarpo, habernos considerado como amigos y amigos en misión permanente.

Profeta es aquel que percibe su existencia forjada por la fuerza de la Palabra de Dios. Cuando el Señor llamó a Jeremías le confió una misión difícil: ser testimonio del amor de Dios en tiempos difíciles. Ante esta llamada, el profeta experimentó la debilidad y el límite de la naturaleza humana. Entonces, el Señor,

volvió a hablarle y se le reveló como un almendro. Un símbolo precioso: el almendro. Cuando los demás árboles duermen el sueño del invierno, el almendro con sus flores blancas y abiertas, vela y cuida el sueño de los otros árboles. Así debería ser la vida de Jeremías, como un almendro: ser testigo del amor de Dios en tiempos difíciles, pero con la certeza de que el Señor, al igual que un almendro, es quien cuida nuestra vida y otorga vigor a nuestro testimonio.

Pasando al Nuevo Testamento Lucas es el evangelista que mejor nos describe la ternura y la misericordia de Dios. A partir de este autor intentaremos vislumbrar cómo ser testigos del Dios de la ternura y de la misericordia en el invierno de la crisis que vivimos. Nos serviremos de este evangelista para comprender cuál es el rostro del Dios, Padre de todas las misericordias. El Evangelio de Lucas lo podemos dividir en cuatro partes fundamentales: a) Anuncio del reino a todo Israel empezando por Galilea (4,14-9,50). Las palabras de Jesús se convierten siempre en misericordia para con todos. La misericordia de Jesús se manifiesta como curación y perdón; b) El gran viaje de Jesús a Jerusalén (9,51-19,28). Se sube a Jerusalén donde la mayoría del material propiamente lucano sobre la misericordia aparece en esta ocasión; c) La narración de la Pasión y Resurrección de Jesús (19,29-24,53). Jesús muere y resucita avalando con su propia existencia el evangelio de la misericordia; d) El Evangelio de la Infancia (1-2), María de Nazaret es presentada como esa figura evangélica cuajada de la misericordia de Dios.

1. DESDE GALILEA EMPEZANDO POR NAZARET

1.1. Todo comenzó en Nazaret

Nazaret era una aldea pequeña y poco importante, situada en la provincia de Galilea, al norte de Palestina. Durante el reinado de Herodes, el grande (40-4 a.Cristo), la zona de Galilea, próxima al lago de Genesaret, experimentó un gran desarrollo. El monarca judío hizo construir ciudades de nueva planta, como era la magnífica ciudad de Tiberíades, ubicada al norte del lago.

Esta tarea ingente urbanística dio lugar a que muchos judíos del sur emigraron a Galilea para trabajar en las tareas de construcción. Estos emigrantes vivían en las pequeñas aldeas que circundaban las grandes urbes. Cada día se dirigían a las grandes ciudades para ganarse el jornal. Los habitantes de Nazaret no eran ajenos a esta dinámica social. Algunos de ellos trabajaban en los campos junto a la aldea, pero la mayoría iba a trabajar en la construcción o en las canteras de las que extraían la piedra para edificar las nuevas ciudades.

Durante el siglo I Galilea era región de contrastes. La cultura griega había penetrado en las grandes ciudades e impregnaba el ambiente social de la época. Por otra parte, las pequeñas aldeas permanecían aferradas al judaísmo tradicional. Esta confrontación cultural y religiosa dio lugar a más de un tumulto. La historia nos narra la rebelión de la población judía, y la dureza con que los romanos sofocaron esta revuelta, crucificando a multitud de judíos en las afueras de la ciudad de Séforis.

En la aldea de Nazaret comienza Jesús su ministerio. Cuando el texto nos cuenta que se crió allí, nos indica las características sociales que influyeron en su educación: vivir en una aldea pequeña en que la mayoría eran emigrantes judíos trabajadores de la construcción o de las canteras; participar de la intensa espiritualidad judía contrapuesta al ambiente liberal y cosmopolita de las ciudades helenizadas; recordar la represión romana contra los intentos judíos de sublevación.

Respecto a la sinagoga, con el tiempo llegó a organizarse muy bien el oficio sinagoga. Se leía siempre un fragmento del Pentateuco y luego alguna página de los Profetas. Acabada la lectura se hacía una homilía que intentaba actualizar la Escritura en la realidad cotidiana de los participantes. La celebración concluía con una plegaria y una invocación al Dios de Israel. Además de una función celebrativa, la sinagoga desempeñaba un importante papel catequético, era lugar de instrucción para los varones en todo lo que representaba la fe judía. De la misma manera que las actividades del Templo estaban orientadas por los sacerdotes y el grupo saduceo, las tareas sinagoga dependían del fervor fariseo.

Jesús, como todo judío practicante, se dirige el sábado a la sinagoga: “Le entregaron el volumen del profeta Isaías, y desenrollándolo..., lo devolvió al sacristán...” (Lc 4,17.20). En la sinagoga Jesús recibe el libro del profeta Isaías, lo desenrolla y procede a su lectura. Vamos a transcribir ahora dos textos: el texto del profeta Isaías que aparece leído por Jesús en la sinagoga, y el texto de Isaías que se halla escrito en el libro del mismo profeta.

Substancialmente los dos textos dicen lo mismo, pero presentan algunas diferencias. Si lo observamos bien notaremos pequeñas variaciones debidas a los matices de la traducción. Pero apreciaremos, también, dos cambios importantes. Jesús cambia la forma de un versículo: donde Isaías dice “para vendar los corazones desgarrados” él lee “y la vista a los ciegos”. Además, omite Jesús parte de un versículo: las palabras de Isaías “día del desquite de nuestro Dios” no aparecen en la lectura de Jesús.

Fijémonos que en el primer cambio realizado por Jesús, la gente de la sinagoga no protesta. Por el contrario respecto de la segunda modificación la gente

le inculpa con dureza: “Todos se declaraban en contra, extrañados de que mencionase solo las palabras sobre la gracia”.

Isaías dice “para vendar los corazones desgarrados” y Jesús lee “y la vista a los ciegos”. Notemos algo importante, en esta variación del texto la gente no protesta en absoluto. ¿A qué puede deberse esta variación en el texto del profeta?

El texto hebreo del Antiguo Testamento comenzó a fijarse definitivamente en el siglo I. Durante la vida de Jesús, el texto del Antiguo Testamento presentaba cierta fluidez. Quizás la versión que leyera Jesús presentara algunos matices diversos del texto leído actualmente por nosotros. Aun considerando las posibles variaciones del texto, nos inclinamos por opinar que este cambio fue una modificación hecha deliberadamente por Jesús. Notemos, sin embargo, que lo escrito en Isaías y lo leído por Jesús no son textos totalmente contradictorios. Ambos describen el sufrimiento humano.

El corazón –en el pensamiento semita– representaba el centro de la persona. En él tenían su lugar apropiado los sentimientos y las opciones del hombre: la amistad, la plegaria, la fe, la capacidad de amar. Tienen el corazón desgarrado aquellos que en su existencia han padecido por cualquier motivo, la palabra de Jesús es el vendaje para estos corazones rotos. El ciego es aquel que no puede ver físicamente, pero metafóricamente representa a todos los impedidos de ver la realidad de su vida o discernir esperanza en su futuro. Las dos expresiones son diversas en cuanto a la forma, pero muy semejante en el contenido. A pesar de la semejanza de estas dos expresiones, cuando Jesús sustituye una por otra lo hace por algún motivo concreto.

La expresión “y la vista a los ciegos” aparece en un lugar muy importante del AT: los cánticos del Siervo Sufriente de Yahvé. Nos hablan de un personaje que será el liberador definitivo de Israel. Pero a este salvador las cosas no le van a ser fáciles. Para salvar a su pueblo deberá sufrir el oprobio y el escarnio, pero al final triunfará, y su triunfo otorgará a Israel la liberación definitiva.

Si nos fijamos en el primero de los cánticos (42,1-7) notaremos que aparece un texto muy semejante al proclamado por Jesús en la sinagoga, y que incluye la frase: “para abrir los ojos a los ciegos”:

“Yo, Yahvé, te he llamado en justicia, te he cogido de la mano y te he formado, y te he destinado a ser alianza del pueblo y luz de las gentes:

Para abrir los ojos a los ciegos,
Para sacar de la prisión al cautivo,
De la cárcel a los que viven en tinieblas”.

Jesús ha sustituido lo que dice Is 61,1 por lo escrito en Is 42,7. Con este cambio Jesús nos revela algo fundamental: Él es el liberador definitivo esperado por todo el AT. La liberación que Él propone no será el resultado de un paseo triunfal. Él, como el Siervo de Yahvé, experimentará el oprobio, el rechazo y la muerte. Pero la experiencia de fracaso no será el final de su vida. Al igual que el Siervo, Él será rehabilitado por Dios y propuesto como luz de las naciones.

El proyecto de Jesús, al igual que el proyecto cristiano, no es simplemente un “proyecto” redactado sobre papel. Es una vida de servicio y entrega. Cuando Jesús lee en la sinagoga el libro de Isaías, ve reflejado en él su propio proyecto. Jesús no se limita a “leer un proyecto”. Al incluir esta pequeña frase del primer Cántico del Siervo, nos está diciendo que Él mismo se hace proyecto. Él será el primero en experimentar la liberación que predica, y lo será pasando por la dureza de la cruz.

Por otra parte, la obra de Isaías afirma claramente “... para proclamar el año de gracia del Señor, el día del desquite de nuestro Dios...” (Is 61,2). En cambio, Jesús, cuando lee, omite la última parte de este versículo. Evita decir: “... el día del desquite de nuestro Dios”, se limita a pronunciar la parte positiva del texto del profeta “...para proclamar el año de gracia del Señor”.

La asamblea sinagoga había pasado por alto el primer cambio del texto, pero no tolera el segundo: “Todos se declaraban en contra, extrañados de que mencionase sólo las palabras sobre la gracia (4,22). La reacción del público nos hace ver que esta omisión no es un matiz del texto, es una omisión realizada conscientemente por Jesús y que altera los ánimos de los reunidos. Ellos sabían que este fragmento se hallaba presente en la obra de Isaías, esperaban con toda lógica que Jesús lo leyera. Pero el Señor cuando llega a este versículo, concluye la lectura del texto y comienza a pronunciar la homilía.

El mensaje programático de Jesús es en su totalidad mensaje de liberación: liberación a los cautivos, a los pobres, a los ciegos, a los oprimidos. En el programa de Jesús no hay lugar para la venganza y el desquite; sólo tiene cabida la gracia y la misericordia. De nuestro entender casi parece lógico que en el programa del Mesías no haya lugar para la venganza y el desquite. Entonces ¿por qué se enfureció tanto la asamblea sinagoga, cuando Jesús eliminó esta frase?

Las sinagogas estaban en manos de los fariseos. Éstos formaban parte de un movimiento religioso que aguardaba la pronta llegada del Mesías. Se esforzaban, mediante todo un conjunto de prácticas ascéticas, en acelerar la llegada del Salvador. Su notable esfuerzo piadoso los llevaba a considerarse como el prototipo de persona buena y religiosa. La otra gente que no tenía tiempo suficiente para dedicarse con pasión a la ascética, era considerada por los fariseos como

gente mala y perversa. A causa de la impiedad de las gentes se retardaba la llegada del Reino de Dios.

Los fariseos tenían una interpretación muy particular del texto de Isaías (Is 61,1-2). Opinaban que todo lo referido al “año de gracia” se dirigía especialmente a ellos. Cuando llegara el Mesías e instaurara su reino derramaría su gracia sobre los fariseos, en compensación por el esfuerzo que habían realizado para preparar su venida. Por otra parte, pensaban que la expresión “...el día de la venganza de nuestro de Dios” se dirigía en contra del resto del pueblo que por su supuesta impiedad no posibilitaba la inminencia del Reino.

La espiritualidad farisea es retorcida. Ellos se consideraban los únicos buenos y dignos de la presencia de Dios. Los demás, aparte de no ser suficientemente dignos de recibir el consuelo divino, son los que impiden la presencia de Dios. Un fariseo se alegra por la gracia y el bien que Dios le otorga, pero también está ansioso por comprobar el castigo que Dios impone a los que no son de su partido.

Podemos suponer la emoción con que la asamblea esperaba la pronunciación de las palabras del desquite que constan en Isaías. Jesús no las pronuncia. En el Reino de Dios, que Jesús predica, caben todos. El mensaje de Cristo es noticia de liberación para todos, y especialmente lo es para todos aquellos a quienes los fariseos tenían por gente nefasta: los pobres, los débiles, lo que han perdido rumbo en la vida...

Una vez concluida la lectura, Jesús enrolla el volumen y lo devuelve. La asamblea se sienta aguardando las palabras de Jesús. Su homilía es muy breve: “Hoy, en la presencia de ustedes, se ha cumplido este pasaje”. Dicho de otra manera: “Todo lo que han oído proclamar en el Antiguo Testamento, ha llegado hoy a su plenitud en mi persona”.

La expresión “hoy” adquiere una connotación muy especial en el tercer evangelio. Casi todas las veces que aparece el término hoy viene acompañado por la palabra salvación.

- Hoy en la ciudad de David, os ha nacido un Salvador (2,11)
- Hoy se ha cumplido esta palabra (4,16-32)
- Hoy hemos visto cosas increíbles (5,26).
- Hoy ha entrado la salvación en esta casa (Zaqueo)
- Hoy entrarás conmigo en el paraíso (buen ladrón).

Jesús lee siempre la Escritura en dimensión de presente, y de esta manera la actualiza en su propia persona. Jesús ha leído en la sinagoga un fragmento

breve del profeta Isaías (Is 61,1-2) y anuncia a los judíos que las perspectivas de este pasaje se están cumpliendo en su propia persona.

¿Cuál es el sentido del texto de forma original y en el momento presente? Ante la situación de desastre, en medio del exilio, el Señor, una vez más, vuelve a consolar a su pueblo. El profeta que llamamos Tercer Isaías compone los capítulos finales del gran libro de Isaías (Is 56-66). El profeta anima a los habitantes de Jerusalén a reconstruir la ciudad y el templo, y a mantenerse con firmeza en el seguimiento a Yahvé. Ante la desolación de Jerusalén les predica el consuelo divino. Pero también les dice que la ayuda de Dios no puede sustituir la responsabilidad humana. Entonces, aquellos hebreos, seguros de la ayuda de Dios y dispuestos a empeñar su vida en ello, recomienzan la difícil tarea de la restauración de Jerusalén, y del seguimiento más fiel del judaísmo.

Jerusalén, lentamente, va reconstruyéndose. El templo y el culto vuelven a instaurarse. En aquel momento, nuestro profeta comunica a sus oyentes el contenido del oráculo que hemos leído (Is 61,1-2). Llegará un día en que el mal que castiga nuestra existencia desaparecerá, no habrá pobres, ni cautivos, ni ciegos, ni oprimidos. En todas partes se vivirá la experiencia del reino de Dios; o dicho con todas las palabras, “el de gracia del Señor”.

A partir de la promesa de Isaías los judíos comenzaron a esperar la llegada del Mesías definitivo y la instauración del Reino de Dios. La realidad que les correspondía vivir era difícil, pero contaban con la ayuda de Dios y el esfuerzo de su responsabilidad personal.

En tiempos de Jesús, la expectación por la inminente aparición del Mesías era inmensa. Continuamente aparecían personajes que se proclamaban “mesías”. Todos los grupos religiosos esperaban la inminencia del Mesías. El Reino de Dios estaba a punto de manifestarse, y cada grupo, intentaba acelerar su llegada por procedimientos distintos. Todos los grupos judíos coincidían en una cosa: el Mesías vendría con poder y con una apariencia deslumbrante.

Jesús afirma que la profecía de Isaías se cumple hoy en su persona. Jesús es el verdadero Mesías, el Liberador. Pero su modo de llevar a cabo la liberación será distinta a la esperada por los judíos de su tiempo. Él no es un Mesías poderoso y deslumbrante. Para marcar la diferencia con los demás “mesías” esperados, Jesús cambia un poco el texto de Isaías. Elimina, como hemos dicho, todo aquello referido a la venganza y modifica un versículo: Él es el Mesías, pero no es el Salvador poderoso y magnificante esperado por sus contemporáneos. Él es el liberador que pasa por el sufrimiento angustioso de la cruz.

2. LAS BIENAVENTURANZAS LUCANAS. CAMINO DE JERUSALÉN

2.1. ¿Cuál es el rostro del Dios de la Misericordia?

a) *Parábola del Hijo Pródigo* (Lc 15,11-32)

Estamos en la segunda sección del Evangelio de Lucas. Es la subida a Jerusalén, en ella Jesús educa a sus discípulos, y ellos empiezan a comprender qué significa ser discípulo (justicia, perdón, misericordia, gracia). En el largo camino hacia Jerusalén, ciudad que mata a los profetas, Jesús explica a sus amigos las cualidades que debe tener todo discípulo y además muestra la intimidad de Dios. Estamos en el centro de la segunda parte del Evangelio de Lucas.

Nuestra parábola está precedida de otras dos que nos permiten contemplar a Dios como Padre que siempre espera y perdona. La parábola de la oveja perdida (15,1-7) nos presenta al Dios de la ternura yendo en busca de aquel discípulo que se ha salido del camino. La dracma perdida (15,8-10) nos recuerda la preferencia del Dios de la misericordia por los pequeños y por todos aquellos que se pierden. El hijo pródigo nos muestra al Dios Padre que acoge siempre, espera siempre y perdona siempre sin imponer condiciones.

La regla fundamental, en el derecho israelita, es que solo los hijos varones tienen derecho a la herencia. Entre ellos, el mayor tiene una posición privilegiada y recibe el doble que los demás en la distribución de los bienes paternos (Dt 21,17; 2 Re 2,9). Sin embargo, en nuestro texto, es el hijo menor quien pide al padre parte correspondiente de la heredad.

El menor, el que tenía menos derecho, pide a su padre un lote de la fortuna familiar. No se limita a “pedir” sino “exige”. La palabra “dame” figura en imperativo. No se dirige a su padre mediante una súplica, o una solicitud; lo hace exigiendo una prerrogativa.

Lejos de la casa del Padre y en una tierra extraña, las condiciones se vuelven adversas.

Aquel hijo que, tal vez, había abusado de su derecho al obligar a su padre a repartir la herencia, ahora tiene que “ajustarse” a las condiciones que le impone un desconocido en un país extranjero y en tiempo de hambre.

Guardar cerdos era, desde la perspectiva de la religión judía una actividad degradante e inaceptable. La misma legislación israelita prohíbe comer carne de cerdo, y el Antiguo Testamento considera al cerdo animal impuro (Dt 14,8). El Nuevo Testamento, destacando la repugnancia judía hacia los cerdos, nos

cuenta la curación del endemoniado de Gerasa (Lc 15,26-39): los demonios que salen de aquel enfermo penetran en el cuerpo de los puercos, en lo más inmundo. La situación del hijo menor es peor que la de los mismos cerdos. Estos pueden comer algarrobas, pero él ni siquiera puede saciarse con esta comida. Desearía comer el alimento de los cerdos, pero nadie se los da.

Cuando la situación de este hombre no puede ser más desesperada, decide volver a la casa del padre. Pero fijémonos con atención en las razones que le impulsan a regresar al hogar paterno.

La primera motivación, la más profunda, también la más real es el hambre. Una vez que ha padecido el dolor del hambre y el abandono aparece una segunda reflexión (Padre he pecado contra el cielo y contra ti...). El hijo menor se da cuenta de que él ha pecado. Su situación no es fruto de la casualidad ni de la mala suerte. Él mismo ha desordenado y arruinado su propia vida. Precisamente eso es el pecado: romper nuestra propia vida. Él ha malbaratado su propia existencia, ha arruinado el proyecto de su padre sobre su propia vida. La tercera reflexión consciente de su pecado, no se deja hundir en la desesperación, sino que toma la única decisión lúcida: "Levantándose volvió a su padre".

El hijo mayor es el que tenía, según la legislación de Israel, la preferencia en los derechos de herencia. Sin embargo, es el hijo menor quien exige sus privilegios. La historia del hijo menor es la experiencia de una vida truncada por el orgullo y la traición; pero la vida del hijo mayor describe la rutina de una existencia triste y cerrada a la bondad del padre.

El odio hacia el hermano menor es inmenso. Dice a su padre: "...ese hijo tuyo..."; una frase que denota una gran dosis de rabia, pero que refleja, sobre todo, la ruptura del hermano mayor con el menor. El hermano mayor siente la ira que le corroe por dentro y la manifiesta negándose a entrar en casa.

El hijo menor vuelve a casa con el amargo sabor de la derrota y la mala conciencia de pecado. Él ha destruido su vida y ya sólo aspira, con suerte, a ser un jornalero más. El evangelio destaca en el padre una actitud interna: "se le conmovieron las entrañas", y dos actitudes externas: "celebrems una fiesta" y "le besó afectuosamente".

El hecho de "conmoverse las entrañas" refleja el aspecto maternal del amor y la ternura. A una madre, en el momento de dar a luz a un hijo se le conmueven las entrañas (Lc 7,11-17: la viuda de Naín). El padre de nuestra parábola siente en su seno la experiencia del amor maternal.

La actitud interior de “conmoverse las entrañas” tiene un intenso correlato externo. En todos los gestos externos se manifiesta el amor paternal con el hijo. El padre le vuelve a otorgar la categoría correspondiente en el seno de la familia. El traje, los criados que lo visten, el anillo en el dedo, las sandalias en los pies, describen cómo el padre restituye a su hijo la dignidad perdida.

La amistad adulta entre dos hombres se expresaba, a menudo, mediante el beso. Cuando Pablo parte de viaje, los discípulos de Éfeso lo despiden con un beso (Hch 20,37). Jesús recrimina al fariseo que lo ha invitado, el no haberlo recibido con un beso (Lc 7,45), mientras que la mujer pecadora sí lo ha hecho (Lc 7,38). El beso afectuoso con el que padre recibe a su hijo adquiere la connotación del “amor de amigo”. El padre es “padre” por naturaleza pero se convierte en “amigo” por opción.

El hermano mayor, habiendo estado rodeado del amor de su Padre no ha percibido nunca la ternura de su cariño. Ha permanecido cerrado a la actitud amorosa del padre. Es como las piedras sumergidas desde siempre en el fondo del mar, rodeadas de agua por todas partes pero que en su interior están resacas.

El hermano mayor no quiere entrar en casa para disfrutar la fiesta familiar; de este modo, también se niega a dejarse amar por su padre. El padre le dice: “¡tú siempre estás conmigo y todo lo mío es tuyo!”. Este hermano había estado siempre en contacto con el padre pero carecía de lo más esencial: la experiencia del contacto personal con él.

El Padre representa la opción que hace nacer la vida, los hijos por sus partes muestran la opción que los conduce a la muerte. Nuestro Dios es el Señor de la vida. La opción más profunda del padre por sus hijos es la vida; él desea que vivan plenamente. El Padre dice: “porque este hijo mío había muerto y ha vuelto a la vida”. El Padre de la vida también cree en la libertad. Por eso respeta la decisión del menor de marcharse de su casa y no se enfrenta agriamente con el mayor cuando, henchido por la ira, se niega a entrar en el hogar. Simplemente les recuerda que él es la vida expresada mediante el perdón, la acogida, la ternura y la fiesta.

La descripción de los dos hermanos pone ante nuestros ojos la negativa a participar de la vida nacida de las entrañas del padre. El menor se marcha de casa, y la vida que había disfrutado en el hogar adquiere el sabor amargo del desamparo en tierras lejanas. El mayor había vivido siempre en casa pero no había sabido disfrutar de la vida de su padre. Ahora, al oír los aires de fiesta ve la naturaleza íntima de su padre y se niega a entrar.

La actitud del hijo mayor guarda todavía otra lección. El que ha vivido siempre en el nido paterno y no ha sabido gustar la ternura del padre, se queja por no haber recibido un regalo banal.

La parábola del hijo pródigo tiene una única finalidad: presentarnos la intimidad del Dios que nos invita a seguirle. El rostro de Dios Padre tiene los rasgos de la vida. Dios padre genera la vida porque Él es amor. La ternura y la misericordia de Dios no constituyen un concepto, sino que se palpan desde la experiencia de habitar en casa del Padre. Al mismo tiempo, fuera de la casa del Padre se sorbe la desgracia de los ídolos de muerte.

2.2. ¿Cómo actúa el Dios de la misericordia?

a) Zaqueo (Lc 19,1-10)

El fragmento que nos cuenta la historia de Zaqueo (19,1-10) se halla ubicado en la sección central del evangelio: el viaje de Jesús. Durante toda esta larga sección Jesús dedica la mayor parte de su tiempo a instruir a los discípulos. Jesús enseñará a los discípulos que la verdadera misericordia pasa por el perdón.

La ciudad de Jericó era un núcleo urbano importante, situado de manera estratégica entre las regiones de Judea y Perea. Al ser zona fronteriza disponía de aduanas y de una guarnición militar relativamente grande. También era zona de intercambios comerciales al confluir en ella un cúmulo de comunicaciones significativo. La situación comercial, fronteriza, aduanera y militar, otorgaba a la ciudad un ambiente cosmopolita un tanto alejado del cumplimiento estricto de las leyes judías referentes a la moral. La presencia de soldados, y numerosos viajeros hacían que la ciudad fuera en cierta medida una urbe con muchos lugares de diversión. Recordemos que es una de las ciudades más antiguas del Antiguo Testamento y del Nuevo.

El nombre “Zaqueo” es el diminutivo de Zacarías, nombre que significa “el Señor se acuerda de nosotros”. Posiblemente era un apodo; indica por tanto, que la persona era muy conocida.

Su profesión consiste en cobrar los impuestos. En la época de Jesús las contribuciones gravaban muy duramente al pueblo judío. El sistema impositivo era muy severo, y capilarmente llegaba a todos los estratos de la población. Cobraban impuestos los romanos, pero también los cobraba el rey Herodes, y había que pagar además un pequeño diezmo para el Templo.

El impuesto realmente duro y gravoso era el impuesto cobrado por los romanos. El cobro se realizaba, a veces, de forma violenta y mediante la extorsión y el abuso. Generalmente se exigía mucha más de lo que una persona podía pagar, lo que implicaba el empobrecimiento progresivo de la población y en algunas ocasiones la reducción a la esclavitud de los deudores insolventes.

Zaqueo era muy rico debido a su oficio de jefe de publicanos. Cobrar impuestos permitía realizar cualquier arbitrariedad, lo que repercutía en el rápido enriquecimiento del cobrador. El hecho de ser recaudador implicaba que Zaqueo fuera mal visto, y a la vez, temido por la gente.

Era pequeño de estatura, la gente no le permitía ver pasar a Jesús. Es pequeño, conocido por un mote, la gente lo temía; se ha enriquecido a costa de los demás. Es un colaboracionista del Imperio Romano. El hecho de ejercer la profesión de recaudador de impuestos implicaba la exclusión de la vida religiosa del resto de los judíos. Era una gente despreciada, pero también muy temida a causa de su dinero y su poder coercitivo.

La gente le impedía ver a Jesús. La gente no significa sólo un grupo de personas, también significa lo que piensa la gente. La opinión de las personas respecto de Zaqueo hace imposible que aquel hombre vea a su salvador. Cuando Jesús se ha alojado en casa de Zaqueo, la gente murmura. Critican durante la decisión de Jesús: “¡Ha ido a hospedarse a casa de un pecador!” Un hombre impuro, perverso y pecador.

La opinión de la gente hace de Zaqueo un hombre pequeño para siempre.

Jesús cruzaba la ciudad en dirección a la Ciudad Santa, hacia los acontecimientos de la pasión. Jesús llega a Jericó con fama de salvador por eso lo rodea una multitud de curiosos. Pero la única persona en la que el Señor fija su atención es en Zaqueo. Jesús tiene con Zaqueo una atención caracterizada por dos verbos: se fija en él “levantando los ojos” y le “habla”.

El verbo significa “mirar en profundidad”, “mirar con la intención de hacer el bien”, “con la intención de ejercer la misericordia”. El mismo verbo ha sido utilizado en el fragmento anterior del evangelio (Lc 18,35-43) con la intención de devolver la vista a un ciego. Mirar en profundidad es ver detalladamente la realidad, con el deseo de transformarla desde la misericordia y la ternura.

A su vez, el verbo decir, no significa simplemente sonidos con los labios. Su acepción más genuina es la de “comunicar” algo que tiene una fuerte repercusión en la vida de quien lo escucha.

El “decir” de Dios a su pueblo no se limita a pronunciar palabras. Comunica el consuelo a Israel y le anuncia la pronta liberación. El “decir” de Dios cambiará radicalmente la vida de los exiliados. Cuando Dios habla se revela. La llamada de Jesús a Zaqueo es la revelación de Dios, y su mirada transmite su misericordia.

Observemos que Jesús no le recrimina nada a Zaqueo de su vida pasada. Jesús pronuncia esta expresión: “hoy tengo que alojarme en tu casa”. “Tengo que”:

- Cuando Jesús se ha perdido en el Templo (2,49)
- También a los otros pueblos tengo que anunciarles el evangelio (4,43)
- Igualmente el Hijo del Hombre tiene que padecer mucho, tiene que ser rechazado por los senadores (9,22)
- A su vez, 13,33: “tengo que seguir mi viaje, porque no cabe que un profeta muera fuera de Jerusalén
- “porque os digo que tiene que cumplirse en mí lo que está escrito” (22,37).

La vida de Jesús no es fruto de la improvisación ni el resultado de la casualidad. La vida de Jesús responde a un proyecto (4,18). La vida de Jesús da plenitud al proyecto de Dios en favor de los hombres (4,18). “El Espíritu del Señor está sobre mí”.

Zaqueo se puso en pie. Estar en pie ante alguien es el verbo que expresa la dignidad humana. La mirada de Jesús y sus palabras han devuelto la dignidad personal de Zaqueo. La mirada y la palabra de Jesús, le ha devuelto la dignidad de saberse alguien ante los demás y ante sí mismo.

Recuperar la dignidad, ponerse en pie, es una metáfora del perdón. Cuando recibimos el perdón recuperamos y aceptamos auténtica humanidad. Solamente el perdón libera. Únicamente el perdón, a pesar de nuestras bajezas, nos permite estar de pie ante el Señor y ante los hermanos.

A su vez, cuando Zaqueo subió al sicómoro, quizá, sólo pretendía ver a un personaje famoso. Pero ese personaje le ha hablado y lo ha mirado, y con estas acciones le ha devuelto su dignidad de persona. Zaqueo ha sido perdonado. A partir de ahora Jesús es el Señor. El que ha cambiado para siempre su corazón.

Zaqueo ya no servirá más a los pequeños señores a quienes daba culto: el dios del miedo que infundía a sus vecinos, y el dios de la soledad y el aislamiento con el que le pagaban las gentes. Zaqueo ha llegado a la fe, ha descubierto a Jesús como el único Señor de la vida.

Únicamente quien ha recibido el perdón es capaz de convertirse. Los ojos humanos contemplan este proceso: pecado, conversión, perdón. Pero los ojos de Dios siguen un proceso distinto: pecado, perdón, conversión.

Es Jesús quien primero lo mira y le habla. Son los ojos y la voz de Jesús los que devuelven la dignidad a Zaqueo. La misericordia de Jesús transmutada en perdón, ha puesto de pie a Zaqueo. El recaudador de impuestos ha aceptado la mirada del Señor, ha sido perdonado; ahora ya puede convertirse.

Convertirse es transformar en obras de misericordia el perdón que gratuitamente hemos recibido de Dios. Zaqueo se convierte; comienza a traducir en misericordia el perdón significado en la mirada y la palabra de Jesús. Zaqueo muestra una gran generosidad. Su restitución se adecua a las prescripciones más exigentes de la Ley (Ex 21,37; Lv 5,21-24). Zaqueo devuelve mucho más de lo que la Ley prescribe. Quien ha recibido generosamente el perdón de Dios no pone límites al ejercicio de la misericordia. Entrega a la pobreza del corazón de su hermano mucho más de lo prescrito por las normas.

¿Por qué ha perdonado Jesús a Zaqueo? "... pues también él es hijo de Abrahán". Por el mero hecho de ser persona humana (hijo de Abrahán) Zaqueo tiene capacidad de percibir la misericordia de Dios. Los hombres, simplemente en razón de nuestra propia humanidad, tenemos la dignidad plena para estar de pie ante Dios y recibir de él su perdón y su misericordia.

La última línea de la narración es especialmente significativa: "Porque el Hijo del Hombre ha venido a buscar lo que estaba perdido y a salvarlo". La finalidad de la acción de Jesús no es otra que la de liberar al oprimido por cualquier causa.

En tiempos de Jesús la gente esperaba ansiosamente la llegada de un salvador. Todo el mundo deseaba la llegada de alguien que desde el poder y con una apariencia deslumbrante trajera al mundo un tiempo de felicidad y de paz. Jesús es el Señor que aporta a todos la liberación esperada. Pero no nos la trae desde la apariencia deslumbrante, ni mediante una gran capacidad económica, ni tampoco a través de un poder apabullante.

b) Purificación de los diez leprosos (Lc 17,11-19)

La curación de los diez leprosos (17,11-19), aparece en la segunda sección del evangelio (9,51-19,28). Si comparamos esta sección con la primera, apreciaremos una notable diferencia. Durante su ministerio en Galilea Jesús realiza muchos milagros y desarrolla diversas acciones; en cambio la predicación ocupa mucho menos espacio. A lo largo de su recorrido hacia Jerusalén se invierten los términos: predicación y la enseñanza pasan a un primer plano mientras que la descripción de los milagros ocupa una posición más secundaria.

El mapa de Palestina del tiempo de Jesús se componía de tres provincias: Al norte estaba Galilea, la región central aparecía ocupada por Samaría y en el sur situaba Judea con la capital del país, Jerusalén.

Jesús, juntamente con sus discípulos, ha emprendido un viaje hacia la Ciudad Santa. La ruta más lógica y más rápida para desplazarse, implicaba atravesar

la propia región central de Samaría. Pero en aquellos tiempos aquella región no podía cruzarse con seguridad.

La lepra es para nosotros una enfermedad provocada por un microbio, el bacilo de Hansen que lentamente va destruyendo todo el cuerpo. Hoy por hoy, y mediante un buen tratamiento médico puede curarse, pero no sucedía lo mismo en el mundo antiguo. Para los hombres del siglo I, y especialmente para los hebreos la lepra era algo más que una simple enfermedad física, representaba una maldición de Dios sobre el individuo que la padecía. La lepra y sus consecuencias aparecen comentadas en el libro del Levítico y en otros escritos del Antiguo Testamento.

Habitualmente se daba el nombre de “lepra” a todas aquellas enfermedades que representaba un cambio en el aspecto de la piel del individuo. El libro del Levítico (Lv 13) nos describe con detalle sus diversas manifestaciones. Un síntoma común a cualquier tipo de lepra era la aparición de manchas en la piel. También podían padecer lepra las casas (Lv 14,33-53) o los vestidos (Lv 13,47-59). Los textos se refieren al moho que aparece en las viviendas o a la podredumbre que se produce en la ropa vieja. Como vemos, el concepto de “lepra” utilizado en la época de Cristo englobaba enfermedad de distinta índole. Por otra parte, podía ser la misma enfermedad de la lepra en sí misma, tal como hoy la conocemos. Por su parte, consideraban también como lepra cualquier enfermedad que suscitara cambios en la piel o cualquier lesión en forma de moho que apareciera en casas y vestidos.

La lepra es una enfermedad muy contagiosa. La medicina judía de aquellos tiempos no era preferentemente curativa sino preventiva. Por tanto, cuando alguien se contagiaba de la lepra era expulsado enseguida de la ciudad (Lv 13,45; Job 2,7ss). Vivía con otros leprosos, lo que propiciaba el contagio real de la lepra para todos aquellos que padecían una enfermedad distinta. Se los expulsaba de la práctica del culto, la familia y cualquier ámbito de relación con los demás.

Notemos que los leprosos de nuestra narración permanecen distanciados de Jesús: “...se pararon a los lejos y le dijeron a gritos...”.

La dureza y la crueldad con que la lepra se cebaba en las personas, llevó a que fuera considerada como un castigo divino. Considerar la lepra como un castigo de Dios suponía para los leprosos una doble y dramática consecuencia:

- Pensaban que era Dios quien los había castigado, debido a algún pecado que ellos o sus antepasados habían cometido.
- Al padecer la lepra estaban excluidos de toda relación con los demás judíos. No podían acercarse al Templo ni entrar en la sinagoga.

La vida de un leproso estaba encerrada en un círculo vicioso pero cruel; por una parte, se sentía castigado por Dios por alguna falta cometida y, a causa

de estar excluido de la relación con Dios, no podía acudir al templo para implorar perdón del Señor. Su vida era un sufrimiento sin salida y sin cambio posible.

A causa de la connotación religiosa de la lepra, el sacerdote era el encargado de determinar cuándo un leproso estaba curado. En el momento en que un enfermo se daba cuenta que las manchas de su piel habían desaparecido, se presentaba ante el sacerdote para que este confirmara la desaparición de la enfermedad. Observemos, en nuestro texto, que Jesús manda a los leprosos al sacerdote. La única esperanza de curación que podía abrigar un leproso era la pronta llegada del Mesías.

La lepra era mucho más que una enfermedad física. Su causa profunda radicaba en el castigo divino, un sufrimiento del que sólo el mismo Dios podía liberar. Los leprosos esperaban la llegada del Mesías y confiaban en que él acabaría con la cruel dolencia. La gente pensaba que el tiempo de la llegada del Mesías se caracterizaría por la desaparición de la lepra (Lc 7,22).

En nuestro texto, los leprosos sitúan lejos de Jesús y le suplican a gritos su ayuda. Jesús aparece ante ellos como un “maestro” al que le piden “compasión”: “Jesús, maestro ten compasión de nosotros”.

La palabra “maestro” presenta una significación especial en el tercer evangelio. Es un término propio del evangelio de Lucas. La utiliza Pedro, en el relato de la pesca milagrosa, cuando ha de dirigirse a Jesús (Lc 5,5).

Jesús para mucha gente de Palestina tendría este semblante: un modelo de comportamiento moral, alguien que había reunido un buen grupo de discípulos, presentaba un mensaje interesante y tenía cierta fama de milagrero. En definitiva, un buen líder que tenía un mensaje novedoso. Durante los años del siglo I, Palestina estaba llena de personajes que se presentaban como líderes, capaces de hacer prodigios y realizar curaciones. Los leprosos ven en Jesús la imagen de alguno de estos líderes, tal vez capaz de arrancarles la lepra y devolverlos a la vida normal de cualquier judío de su tiempo.

Las voces “misericordia” y “compasión” tienen un significado muy semejante, pero no son del todo idénticas. Recordemos el significado del término misericordia: “la capacidad de entregar algo de mí mismo a la pobreza del corazón de mi hermano”. La palabra “compasión”, designa, más bien, el hecho de conmoverse o de enternecerse ante el sufrimiento humano. El término compasión se mueve, de forma especial, en la dimensión de los sentimientos. El vocablo misericordia añade un matiz al de compasión, no se limita a conmoverse profundamente, sino que proyecta una acción decidida en favor del hermano que sufre.

Los leprosos piden a Jesús compasión. Piden a Jesús que se conmueva, que tenga un sentimiento de pena ante su padecimiento. No esperan de él una acción, la misericordia, que pudiera cambiar sus vidas para siempre. Los leprosos tienen una visión muy lejana de Jesús. Lo contemplan como a un líder más entre tantos como había en Palestina. No esperan que transforme sus vidas, tan solo alguna limosna con la que sobrevivir.

Jesús los envía al sacerdote. El sacerdote era el que decidía si la enfermedad había desaparecido, o si aún permanecía. Los leprosos obedecen la orden de Jesús y se dirigen a los sacerdotes. Pero mientras iban de camino quedaron “limpios”. Los diez leprosos, por el camino, se dan cuenta de que han sido “purificados” de su dolencia. En aquellos diez hombres tiene lugar una doble reacción. Nueve de los diez leprosos se dirigen hacia Jerusalén para presentarse ante el sacerdote, a fin de que sea constatada su purificación. La purificación es una acción externa. Pero hay uno que no ha descubierto solamente a un maestro en Jesús, es el Señor, el único capaz de transformar radicalmente su existencia.

“Uno de ellos, notando que estaba curado, se volvió alabando a Dios...”. Cuando se refiere al grupo de nueve leprosos afirma que han sido “purificados”; sin embargo, cuando describe al leproso que regresa sostiene que ha sido “curado”. Ambos verbos, son de significación semejante, pero presentan matices muy diversos. La acción de purificar indica un cambio externo, como puede ser el producido por la limpieza exterior. La voz curar denota una acción más profunda. La purificación afecta sólo a lo periférico: la curación transformando en profundidad el interior, provoca un cambio en el aspecto externo de quien ha sido curado.

El AT nos comenta que la capacidad de purificar era atributo de los hombres, concretamente era la misión de los sacerdotes (Lv 14). En cambio, la acción de curar era una actividad propia de Dios. Para el AT, Yahvé era el único capaz de curar verdaderamente (Ex 15,26). La curación se convierte así en un símbolo del perdón de Dios, de su misericordia y de su cercanía a la realidad humana (Is 6,10; Sal 30,3; 41,5; 103,3). Este hombre no se ha limitado a contemplar a Jesús como a un líder o un maestro capaz de purificar de la lepra externa. Ha descubierto en Jesús al Señor que cura, aquel capaz de transformar la vida radicalmente desde dentro.

El leproso que percibe su curación vuelve de nuevo a Jesús. “...se volvió alabando a Dios a voces...”. Este hombre no aprecia en la acción de Jesús el prodigio fantástico de un líder carismático. Contempla en la acción de Jesús la obra de Dios sobre su propia vida. En el AT, Dios era el que curaba; Jesús es la pre-

sencia de Dios entre los hombres, por eso Él hace lo mismo que hace Yahvé en el AT: curar.

“...se echó por tierra a los pies de Jesús...”. Echarse por tierra, prosternarse, es la actitud de los creyentes del AT ante la divinidad. Los profetas y los reyes se inclinan ante la magnificencia divina, adorando la presencia de Dios. El leproso descubre en Jesús la manifestación de Dios, por eso se postra en sentido de adoración.

“...dándole las gracias”. Dar las gracias a alguien es reconocerle todo el bien que nos ha hecho (Sal 116:12). El leproso agradece la “curación” que Dios ha obrado en su vida por medio de Jesús. El cambio profundo del leproso no es la desaparición de la lepra. El cambio profundo radica en haber encontrado en Jesús al único Señor.

El evangelista nos dice “era samaritano”. Por el hecho de ser samaritano era el que menos posibilidades tenía de poder captar en profundidad la esencia personal de Jesús. En cambio, sólo él lo descubre como el salvador que ha transformado su existencia.

Jesús presenta una doble respuesta: una dirigida hacia los nueve leprosos que no han vuelto y otra referida al enfermo samaritano que ha regresado.

- Jesús se admira de que haya sido un extranjero samaritano el que ha regresado. El que menos posibilidades tenía de reconocer a Jesús como su Señor es el único que lo ha descubierto.
- Jesús le dice al leproso que le ha dado las gracias: “Levántate, vete; tu fe te ha salvado”. Esta frase aparece muchas veces al final de los milagros de Jesús (Lc 8,48).

2.3. ¿Dónde puedo encontrarme con el Dios de la Misericordia?

a) Parábola del buen samaritano (Lc 10,25-37)

La parábola del buen samaritano (10,25-37) se halla colocada en el interior de la narración del viaje de Jesús desde Cafarnaún a Jerusalén. Como la mayoría de fragmentos de esta sección, esta parábola pretende darnos una enseñanza.

La narración va precedida de una discusión entre Jesús y un maestro de la Ley. El maestro tal vez queriendo lucirse, dirige una pregunta a Jesús: “¿Qué he de hacer para lograr la vida eterna?” Mediante la parábola, Jesús le recordará

que el único camino es la práctica de la Misericordia. Nuestra parábola está rodeada de textos sobre la oración: “Rogad al dueño de la mies, que envíe operarios a su mies” (10,2); la narración de Marta y María (10,38-32); la presentación del Padrenuestro (11,1-4).

La posición de la parábola entre todos estos textos referidos a la plegaria nos da ya una primera lección. Para descubrir la realidad de nuestro prójimo, y ser capaces de ver en él a Jesús que sufre, es necesaria una vida de plegaria. Una vida acostumbrada a ver la realidad de los hombres y de las cosas con los ojos de Dios.

La ciudad de Jericó estaba situada en una zona fronteriza. Esta ubicación implicaba el acuartelamiento de una guarnición militar relativamente importante, la existencia de un puesto de aduanas, la presencia de un floreciente comercio entre diversos países, la existencia de vías de comunicación para favorecer los intercambios comerciales. Jericó era una ciudad cosmopolita, y bastante secularizada.

El camino que desde Jerusalén conducía a Jericó era –en tiempos de Jesús– muy inseguro. La gran cantidad de pequeñas cuevas exteriores en la zona eran un buen refugio para los salteadores. Además, el aspecto desértico y árido de la región hacía de aquella zona un lugar solitario. Por aquella vía pasaban numerosos peregrinos en dirección a la Ciudad Santa, a la vez que era transitada por numerosas caravanas comerciales. Todas estas condiciones favorecían la presencia en los alrededores del camino de bandas de ladrones que asaltaba a los peregrinos y a las caravanas comerciales.

La presencia de asaltantes en los bordes de los caminos no era casual. La gran cantidad de impuestos que los judíos debían pagar al dominador romano, implicaba un continuo empobrecimiento de la población, que repercutía duramente sobre las clases más desheredadas. Muchas personas, habiéndolo perdido todo, no tenían otra alternativa que “echarse al monte y buscarse la vida”. De esa manera los caminos de Judea se iban poblando de malhechores. Como decíamos antes, hubo épocas en las que los salteadores estaban en connivencia con el poder romano o con los mismos gobernantes judíos. Eso significa que los gobernantes toleraban los robos a cambio de recibir parte del botín.

Es importante tener en cuenta esta última observación. El hecho de convertirse en ladrones venía provocado por una situación social fuertemente injusta y el desgobierno de unos dirigentes que buscaban ante todo su propio enriquecimiento.

El primer personaje que viene por el camino acercándose al apaleado del camino es un sacerdote. En tiempos de Jesús un hombre era sacerdote no por

vocación sino por nacimiento. Los hombres que nacían en determinadas familias de Judea eran sacerdotes independiente de Aarón (1 Cr 24,1). Entre ellos la función suprema era ocupada por el “sumo sacerdote”, descendiente de la familia de Sadoc (Ez 40,46; 1Cr 24,3).

La función del sacerdote –en general– se reducía a trabajar durante dos semanas al año en el Templo, y a asistir –además– a las funciones más solemnes del culto, especialmente a las celebraciones del tiempo pascual. Durante el resto del año vivían en su pueblo natal trabajando en un oficio concreto. Presentaban la Ley de Dios al pueblo, muchas veces enseñaban las primeras letras a los niños, impartían bendiciones y ejercían una función de docencia y consejo entre las gentes del pueblo.

Para poder participar en la liturgia del Templo de Jerusalén se requería de los sacerdotes un elevado estado de pureza exterior. Por eso, antes de oficiar, los sacerdotes no podían haber tocado sangre ni haber estado en contacto con enfermos, ni mucho menos haber tenido contacto con algún muerto. Debían evitar a toda costa la relación con cosas sucias y con determinados animales; tampoco debían contactar con personas que no conocieran bien de antemano. Por eso el AT (Lv 11-16) y otras leyes especiales vigentes en tiempo de Cristo, establecían complejas normas para salvaguardar el estado de pureza: lavarse continuamente las manos, realizar repetidas abluciones con agua, lavar minuciosamente las ollas y utensilios que se habían utilizado (10,3).

“Al verlo”. La significación es muy sencilla. El sacerdote “vio con sus ojos”, es decir, se dio cuenta perfectamente del estado en que se encontraba aquel hombre malherido.

“Dio un rodeo y pasó de largo”. Esta actitud es especialmente significativa. Tan significativa que Lucas utiliza un verbo griego muy especial. Este verbo en todo el NT aparece únicamente dos veces, y las dos en la parábola del buen samaritano (Lc 10,31.32). Fuera del NT este verbo no aparece en ningún otro escrito en lengua griega. Así pues, el verbo es una creación propiamente del evangelista.

La palabra que “inventa” Lucas para describir la actitud del sacerdote se compone de tres partes: un verbo precedido de dos preposiciones. El verbo significa “ir hacia”, o sea, el sacerdote, habiendo visto al hombre asaltado, decide seguir su camino. Pero la forma en que el sacerdote decide continuar nos viene indicada por las dos preposiciones antepuestas al verbo. La primera preposición es “delante de” y la segunda preposición es “al lado de”. Es decir, el sacerdote se ha acercado y lo ha observado por delante por los lados. Ha constatado bien la

situación crítica en que se halla aquel hombre; pero, a pesar de haberlo contemplado yaciendo en el suelo, lo abandona y se marcha.

El sacerdote conocía perfectamente la Ley. Si aquel sacerdote tocaba al hombre malherido quedaba impuro y no podría officiar el culto litúrgico. El hombre asaltado era un desconocido, estaba apaleado y medio muerto. Cualquiera de estas causas era suficiente para hacer que el sacerdote evitara, a toda costa, el contacto con el hombre. Para el sacerdote los preceptos de la Ley son más importantes que la práctica del amor y de la misericordia.

La figura del levita equivale –más o menos– a la de un sacristán. Eran aquellas personas que ayudaban en los oficios religiosos del Templo de Jerusalén. Sus funciones más características eran la organización de los cantos durante las celebraciones, la música, la limpieza, el cuidado del Templo, el mantenimiento del orden, y la asistencia a los sacerdotes en la de los oficios. (1Cr 23).

Al igual que los sacerdotes, los levitas no lo eran por vocación sino por nacimiento. Los hombres que nacían en ciertas familias de Palestina eran levitas. En tiempos de Jesús se consideraban levitas todos aquellos descendientes de la tribu de Leví, pero que no procedían de la familia de Aarón ni de Sadoc, familias que daban origen a la clase sacerdotal. Vivían en su pueblo ejerciendo una profesión y ayudaban en los oficios del Templo durante quince días al año y en las fiestas señaladas. Para participar en el culto del Templo hacía falta un mínimo de limpieza. Por tanto, para ejercer con dignidad el oficio de levita, no podían haber tocado sangre, ni ninguna cosa que fuera sucia o pareciese contaminada.

Cuando el texto de Lucas nos describe la actitud del levita respecto del hombre malherido, utiliza las mismas palabras que para describir la actitud del sacerdote. El levita ha visto por delante y por los lados. Ha captado perfectamente la situación de aquel hombre pero opta por seguir su camino.

El sacerdote como el levita eran personas aferradas completamente a la Ley. La sociedad en la que vivían y la forma de vida religiosa que practicaban les había inculcado que era más importante “no tocar sangre” que “practicar la misericordia”.

Los samaritanos eran considerados por los judíos como gente baja y poco religiosa. Su religión no era exactamente el judaísmo, sino mezcla de algunas religiones orientales con el propio judaísmo. Por esta razón conocían poco el AT, y, podríamos decir que, religiosamente, eran muy poco practicantes. La diferencia en el origen racial y en la comprensión religiosa de la vida provocaba frecuentes tensiones y conflictos con los habitantes de Judea. Muchos de ellos se dedicaban al comercio y al transporte de mercancías con otros países, con lo cual tenían con-

tacto con culturas extrañas al judaísmo, lo que hacía aumentar el desprecio que los habitantes de Jerusalén sentían por ellos.

El samaritano también ve al hombre que había sido asaltado. Pero su actitud es radicalmente distinta a la mostrada por el sacerdote y el levita. Al ver al hombre herido siente misericordia. El texto nos dice que “se le conmovieron las entrañas” ante la presencia del hombre herido. Indica los sentimientos de una madre cuando va a dar a luz.

La actitud del samaritano ante el dolor del hombre herido, es el mismo sentimiento de Dios frente al sufrimiento de sus criaturas. El samaritano no se limita a tener un simple sentimiento de “lástima” ante el dolor ajeno. Él añade una acción en favor de aquel hombre que sufre.

El samaritano no entrega cosas maravillosas o extraordinarias. Le ayuda simplemente, con aquellas cosas de las que dispone. Le da algo de lo que tiene. El samaritano le ayuda con su propia persona “se acerca a su lado”. Le aplica una medicina muy sencilla “aceite y vino”. Le presta su propio medio de locomoción. Le entrega en la posada lo equivalente a dos jornadas de trabajo. No lo deja desprovisto, lo cuida y asegura al posadero que a la vuelta le pagará las posibles deudas.

Lo más importante del buen samaritano es la entrega de la misericordia. Misericordia es la capacidad de dar algo de lo nuestro –o mejor darnos a nosotros mismos– para remediar la pobreza del corazón de nuestros hermanos.

b) Los discípulos de Emaús (Lc 24,13-35)

¿Dónde podemos encontrar en nuestra vida cotidiana a este Jesús que salva mediante la misericordia convertida en perdón y curación? Existen dos lugares en los que el Señor se hace especialmente presente: los pobres y la Eucaristía.

La narración de los discípulos de Emaús (Lc 24,13-35) se halla ubicada al final del texto evangélico, en los capítulos concernientes a la pasión y la resurrección del Señor. Concretamente en el conjunto de las apariciones a sus discípulos (24,13-49).

Aquel mismo día... Se refiere al mismo día de la Resurrección del Señor. En primer lugar aparece la ciudad de Jerusalén, la cual en el conjunto de la Sagrada Escritura, es importante por muchos motivos. En el contexto que estamos analizando, su importancia estriba en ser la ciudad donde ha ocurrido la revelación de la resurrección del Señor. El tercer evangelio se inicia en Jerusalén, cuando el ángel anuncia a Zacarías en el nacimiento de su hijo (1,5-25). El mismo

evangelio termina en Jerusalén con la resurrección y ascensión de Jesús (22-24). Jerusalén más que un lugar geográfico, tiene más bien un lugar simbólico. Es el lugar donde todos reciben la revelación de Cristo resucitado. En Jerusalén las mujeres y los apóstoles descubren el verdadero sentido de la vida de Jesús.

Emaús. Según nos cuenta el texto, la aldea de Emaús no está muy alejada de Jerusalén. Dista sesenta estadios de la Ciudad Santa, lo que equivale a 11 kilómetros. Un estadio corresponde a 185 metros. La arqueología no acaba de hallar el lugar donde situarla con toda seguridad sobre el mapa de Palestina. Los arqueólogos nos presentan varias posibilidades. Emaús sería una pequeña aldea cerca de Jerusalén. Cuando los soldados romanos se licenciaban, se les daba habitualmente una porción de tierra para que pudieran cultivarla y vivir en ella. Emaús fue una aldea construida para este fin. Allí iban a vivir los soldados romanos licenciados del ejército. Por tanto, aquella aldea no era de religión judía. Sus habitantes creerían en otros dioses.

La aldea de Emaús, frente a Jerusalén solamente aparece una vez en todo el AT. Jerusalén es una ciudad grande y la capital de un país. En Jerusalén tienen lugar los sucesos cruciales de la vida de Jesús y una mayoría de los hechos fundamentales del AT; la aldea de Emaús no es testigo de ningún acontecimiento clave en la percepción del AT.

Los dos discípulos habían compartido con Jesús sus últimos días en Jerusalén, la ciudad del sentido y de la plenitud. Pero las cosas no se desarrollaron como ellos esperaban. Jesús ha sido crucificado y matado. Todo ha terminado. Aquellos dos discípulos se desaniman y abandonan la ciudad del sentido y se van hacia Emaús la aldea del sinsentido.

Dividiremos el episodio en cuatro apartados:

a) *Jesús sale a su encuentro*

Jesús en persona se acercó y se puso a caminar con ellos. Pero estaban ciegos y no podían reconocerlo (24:15b-16), Jesús no les reprende, sino que les pregunta acerca de la situación que están viviendo. Comienzan a explicar a Jesús los últimos sucesos acaecidos en Jerusalén. Pero lo hacen desde la perspectiva de quien no ha llegado a captar la profundidad de los hechos. La expresión “estar cegado” indica precisamente eso: no haber llegado a captar el hondón de la realidad. Los discípulos han visto a Jesús realizando numerosos prodigios, pero no han llegado a comprender con el corazón el auténtico significado.

Jesús el Nazareno, que resultó ser un profeta poderoso en obras y palabras ante Dios y ante el pueblo... Hay otros lugares del evangelio de Lucas en que la ac-

tividad de Jesús es asimilada a la de los profetas (7,16; 7,39). Reconocer a Jesús con características proféticas es contemplarlo únicamente en su perspectiva externa.

“Nosotros esperábamos que él fuera el liberador de Israel”. En tiempo de Jesús existía la firme convicción de la pronta llegada del Mesías. Frecuentemente aparecían en Palestina personajes que se atribuían a sí mismos las características del Mesías y ofrecían al pueblo una salvación inmediata.

A los ojos de aquellos hombres, Jesús habría sido un mesías como tantos otros. Rico en proyectos y utopías pero parco en realidades y nulo en cuanto a resultados.

Pero, ...con hoy ya son tres días que ocurrió esto. La expresión “tres días” indica la totalidad del tiempo; es decir, un plazo agotado y cumplido. Ellos habían confiado en Jesús, se habían entusiasmado con su mensaje y habían admirado sus prodigios. Pero, como otros supuestos mesías, también Jesús ha sido detenido y crucificado. Han pasado ya tres días, es decir, un plazo razonable para olvidarse de las utopías y volver al sinsentido –Emaús– de la vida cotidiana.

b) *Jesús les explica la Palabra*

Jesús comenzando por Moisés y siguiendo por los Profetas, les explicó lo que se refería Él en todas las Escrituras.

Los profetas constatan que la vida de Israel no ha sido otra cosa que un cúmulo de infidelidades contra el Señor. Recuerdan reiteradamente al pueblo dos cosas: la confianza en Yahvé como el único Dios que libera y la necesaria fidelidad a la alianza que Dios selló con su pueblo. Cada profeta establecerá una mediación concreta para permitir al pueblo mantenerse en esas dos vertientes:

Los dos discípulos esperaban la llegada de un salvador. A igual que la gente de su tiempo esperaban un mesías poderoso.

c) *Jesús parte el pan*

La explicación de la Palabra ha calado en los discípulos. Jesús se queda con ellos.

d) *Los discípulos vuelven hacia Jerusalén.*

Los discípulos iban de camino desde Jerusalén hacia Emaús. Jesús les sale al encuentro en el camino de la desesperanza. Entonces los dos hombres le reconocen como el verdadero Señor de su existencia.

El encuentro con Jesús vivo es lo único capaz de otorgar pleno sentido a la existencia humana. El corazón humano sólo encuentra reposo en el regazo de

Dios. Habiendo experimentado a Jesús resucitado, aquellos discípulos abandonan el camino del desencanto y vuelven a recuperar la dirección auténtica de su vida. Por eso, se dirigen de nuevo hacia Jerusalén, la ciudad del sentido. Aquellos dos discípulos se convierten en misioneros de la resurrección de Jesús. Aquellos dos discípulos comienzan a anunciar la gran experiencia transformadora de sus vidas: Ellos contaron lo que les había pasado por el camino y cómo lo habían reconocido al partir el pan (24,35). La iglesia es la comunidad que se reúne en torno a Jesús resucitado: de esa manera se transforma en el Cuerpo de Cristo entre los hombres.

La narración de los discípulos de Emaús es un reflejo de la Eucaristía:

– Acto penitencial:

Al principio de la Eucaristía reconocemos con humildad nuestras falsas. Observamos las veces que hemos cambiado de dirección en el camino o las ocasiones en las que en lugar de dirigirnos hacia Jerusalén hemos elegido la ruta de Emaús. Cuando reconocemos nuestros pecados no lo hacemos desde la desesperación, lo confesamos desde la certeza de que, aunque nuestra vida haya tomado un derrotero equívoco, el Señor ha continuado caminando a nuestro lado. Jesús resucitado nos otorga el perdón y nos recuerda de nuevo la dirección precisa del camino de la vida.

– Lectura de la Palabra de Dios:

La segunda parte de la Eucaristía consiste en la celebración de la Palabra de Dios. Leemos escritos del A y N T. Pero al oír la proclamación de la Palabra no la percibimos como la narración de acontecimientos pasados. La escuchamos como la voz de Dios que tiene algo concreto que decirnos en nuestra vida. La voz de la Palabra en la Eucaristía nos comunica siempre dos cosas: Cristo es el Señor Resucitado y sólo en él encuentra fundamento nuestra existencia. La Palabra de Dios nos pone en el auténtico cantico de la vida cristiana. La Palabra de Dios nos pone en el auténtico camino de la vida cristiana que no es otro que estar con los pobres y los débiles de nuestra sociedad.

– Liturgia eucarística:

Una vez que hemos reconocido nuestras culpas, y hemos escuchado la Palabra de Dios que nos motiva a volver al Señor celebramos la fracción del pan. Recibimos después, en la comunión, el Cuerpo de Cristo que se hace carne de nuestra carne. Dejamos de percibirlo con los sentidos exteriores, pero lo experimentamos en la profundidad de nuestro corazón.

– Bendición final y despedida:

Propiamente, al final de la Eucaristía no se nos despide, sino que se nos bendice. Se nos invita a anunciar con la ayuda del Señor, aquello que hemos celebrado. ¿Cristo ha resucitado? La celebración de la Eucaristía motiva a todo cristiano a convertirse en misionero de la presencia viva del Señor. Ése es el sentido de la celebración final.

2.4. ¿Con qué actitudes percibo al Dios de la ternura?

a) *El fariseo y el publicano (Lc 18,9-14)*

Para explicar el sentido y significación de la oración hemos elegido al buen ladrón (23,39-43). Para comentar la actitud de la humildad leeremos la narración del fariseo y el publicano (18,9-14). Comenzaremos por este último episodio y procederemos de la misma manera que en las otras narraciones.

La parábola del fariseo y el publicano (18,9-14) está ubicada en la tercera parte del evangelio de Lucas, en el viaje de Jesús a Jerusalén. En esta parábola Jesús pretende inculcar a sus discípulos una enseñanza básica: la humildad es la actitud humana que hace posible experimentar la misericordia de Dios, una misericordia traducida en el perdón.

Pongámonos de acuerdo en qué consiste el valor y la virtud de la humildad. Humildad es “tener el pie sobre la tierra”, es decir, ser realista ante la vida. Es humilde aquel que tiene la sana capacidad de verse a sí mismo tal como es, que intenta contemplar a los demás tal como son, y que pretende ver la realidad tal como se presenta.

La perícopa que estamos estudiando se presenta en medio de una narración llena de episodios sobre el Reino de Dios. La mujer viuda (18,1-8), el publicano (18,9-14); los niños paradigma de personas débiles e indefensas, son los preferidos para entrar en el Reino de Dios (18,15-17). En cambio aparecen en estos breves episodios algunos personajes con el corazón impermeable a la misericordia de Dios: el fariseo (18,9-14), el joven rico (18,18-30). Estos diversos personajes que rodean nuestro texto, nos hacen ver la humildad que no se limita a una actitud interior, tienen también un rostro visible externamente.

La ciudad de Jerusalén estaba presidida por la magnificencia de su Templo, construido en la parte alta de la ciudad. La edificación de tan inmenso edificio pasó por diversas etapas, cada una de ellas muy significativas para la historia del pueblo judío.

En el año 538 a.C., Ciro el grande conquistó la ciudad de Babilonia y permitió a los judíos deportados regresar a su patria. Allí, se afanaron en la reconstrucción del Templo, que, finalmente fue consagrado en el 515 a.C., celebrándose de nuevo la fiesta de la Pascua.

Mucho más tarde Palestina sufrió la opresión de los monarcas helenistas, contra los que se sublevaron los judíos capitaneados por los hermanos Macabeos (167 a. C.). Los reyes invasores habían profanado el Templo y éste tuvo que ser consagrado otra vez por los judíos en el 164 a.C.

El Templo reformado en profundidad durante el período de Herodes el Grande (37 – 4 a.C). Este Templo tan profusamente remozado por Herodes, fue el que contempló Jesús durante su vida pública en Palestina. La magnificencia de este nuevo Templo fue efímera. Su reconstrucción finalizó en el 64 a.C. y en el año 70 d.C. el general romano Tito conquistó Jerusalén y arrasó el Templo hasta sus cimientos.

El Templo de Jerusalén representaba, de una manera objetiva, y tangible, la presencia de Dios en medio de su pueblo. La estructura de tan imponente edificio era bastante compleja. La parte más importante era el Sancta Sanctorum. En tiempo de Jesús estaba vacía. Una vez al año penetraba en su interior el sumo sacerdote, y con voz temblorosa pronunciaba el nombre de Dios.

Las demás dependencias del Templo estaban dispuestas en torno al Sancta Sanctorum. Delante de él se situaba el altar de los sacrificios y ofrendas al Señor para implorar su perdón o pedir su misericordia. El área alrededor del Templo estaba dividida en varios atrios: de los sacerdotes, de los hombres y de las mujeres. Todo estaba precedido por el atrio de los gentiles que estaba rodeado de un pórtico. Finalmente, se disponían alrededor del edificio todo un conjunto de comercios en los que podía adquirirse cualquiera de los elementos precisos para el culto.

El Templo estaba dirigido por el sumo sacerdote asistido por los miembros de la familia sacerdotal. Los sacerdotes, agrupados en diversos turnos, eran los encargados de celebrar el culto. Un grupo religioso judío, los saduceos, estaba vinculado de manera preferente con la institución del Templo. Sus miembros pertenecían a las familias más nobles y acaudaladas de Jerusalén. Generalmente, el sumo sacerdote pertenecía a alguna familia saducea. El fuerte poder económico de los saduceos hacía que tuvieran escaso interés en modificar las difíciles condiciones sociales y económicas de Palestina. Era un grupo tendente a mantener inalterable el orden social establecido. Y como disfrutaban de una vida tan próspera y acomodada en esta tierra, ponían en duda la existencia de una vida futura.

Así pues, el Templo representaba el centro del judaísmo, el punto de mira hacia el que dirigía la vida cualquier creyente de la religión de Moisés.

Cada día se ofrecían holocaustos y sacrificios a Yavhvé, se realizaba la oración cotidiana y se quemaba incienso. Tres veces al año acudían los judíos en peregrinación a la Casa del Señor. El acto cultural más significativo era la fiesta de la Pascua; en ella los judíos recordaban la memorable ocasión en que Dios los liberó de la esclavitud de Egipto con mano poderosa y brazo extendido. También era el Templo lugar de instrucción y catequesis para los fieles judíos.

Cuando el fariseo y el publicano van a orar al Templo, no van a encontrarse con Dios en un lugar cualquiera. Presentan al Señor su plegaria en el mismo ámbito de la presencia divina, en el lugar más sagrado para el judaísmo. Su plegaria ante el Señor tiene la connotación de que quiere ser una oración realizada muy cerca de la presencia misma de Dios. Atendiendo a la estructura del edificio, los dos hombres se hallarían –probablemente– en el atrio de los hombres. Lugar al que únicamente tenían acceso los varones israelitas mayores de edad.

En el ambiente de la Palestina judía del siglo I había una corriente de pensamiento religioso muy importante: la Apocalíptica. Implicaba una determinada visión creyente de la realidad, que estaba en la base del pensamiento de todos los grupos religiosos de la época.

Las condiciones de vida en Israel durante el siglo I eran bastantes difíciles (el poder romano, la presión de los impuestos, la miseria, las enfermedades incurables,...) La situación generaba desesperación entre las gentes, que no veían salida a su estado de vida. Aquellos hombres quizás se hicieran esta reflexión: “Hemos intentado cambiar la realidad, pero no lo hemos conseguido. Nuestra capacidad humana para transformar la situación es insuficiente”. Y tal vez, llegarían a esta conclusión: “Sólo una intervención de Dios es capaz de vaciar el orden actual de las cosas”.

Llegados a esta conclusión, se harían esta pregunta: “Si solamente Dios puede cambiar la realidad, entonces ¿por qué no actúa de una vez y cambia las cosas?”. Y se darían a sí mismos esta respuesta: “Dios no actúa porque nosotros no se lo pedimos con suficiente intensidad”. Comencemos a realizar toda una serie de actividades culturales y ascéticas para atraer la atención de Dios y convencerle, para que envíe un salvador (el Mesías) e instaure su reino, el Reino de Dios”.

La Apocalíptica es aquella corriente religiosa que contempla la realidad humana como algo completamente corrompida. Solamente una directa intervención de Dios puede transformar a la humanidad. Los adeptos al pensamiento

apocalíptico pensaban que debían convencer a Dios mediante una vida de dura ascética, para que se dignaran intervenir enviando un salvador e instaurando su reino. Ellos mismos se creían personas especiales, los únicos capaces de influir en el ánimo de Dios y convencerlo para una actuación inmediata y definitiva.

Los fariseos constituían un grupo religioso importante en la época de Cristo, su espiritualidad se movía en el marco de la corriente apocalíptica. Ellos observaban la corrupción galopante de la sociedad. No veían ninguna salida a no ser una intervención directa de Dios en la historia humana. Los fariseos intentaban convencer a Dios para que mandara un redentor. Lo hacían con un método particular: el cumplimiento estricto y escrupuloso de las normas legales.

El principio legal de Israel era pequeño y determinante, pero luego pasando el tiempo, esas leyes se fueron ampliando y concretando más. El cuerpo de leyes, en tiempos de Cristo había alcanzado proporciones enormes.

Conocer con detalle un cuerpo legal tan amplio, no era tarea fácil. Los fariseos eran auténticos expertos en el conocimiento de estas normas, y aprendían a aplicarlas hábilmente a cada situación. Los fariseos eran especialmente en cumplir, de todas estas leyes, tres especialmente: observancia meticulosa del sábado, la ley de pureza en los alimentos y en las relaciones con las personas y cosas, el pago escrupuloso de los diezmos en todos aquellos artículos que mandaba la Ley.

Además de estos tres preceptos fundamentales, añadían otras buenas acciones realizadas espontáneamente, como el ayuno del lunes y el jueves, y diversas obras de caridad. Las obras de bien debían igualar delante de Dios a las posibles faltas cometidas. La obsesión por el cumplimiento preciso de los pormenores de la Ley, daba lugar a que los fariseos se separaran del resto de la gente.

¿Cuáles eran los puntos débiles de la espiritualidad farisaica?

– La vida espiritual de un fariseo tiende a ser preferentemente externa.

– Conseguir llevar a cabo todas las acciones externas era una tarea ardua. No todo el mundo tenía el tiempo suficiente para escudriñar los entresijos de la Ley, ni del suficiente nivel de vida para realizar actividades ascéticas tan complejas. Los fariseos se creían superiores a los demás y despreciaban al resto de la población, a la que tenían por inculta e impía.

– La negación de la propia responsabilidad. Los fariseos observaban la miseria de la vida cotidiana, pero hacían poca cosa para remediarla. La pobreza, y la opresión de un pueblo no son producto de la casualidad, sino que son el resultado de la injusticia. Los fariseos no se esforzaban por eliminarla, le pedían a Dios que interviniera y que Él pusiera remedio al dolor de los hombres. En de-

finitiva, era una espiritualidad que se evadía de la realidad del sufrimiento humano, y ponía la solución sólo en la intervención divina. No se daban cuenta de que Dios interviene en la salvación del mundo mediante el ejercicio de la misericordia, ejercida por las mismas personas que Él ha creado.

La Palestina que conoció Jesús estaba sometida al dominio romano. El Imperio Romano respetó generalmente las costumbres judías, pero exigía el pago de unos impuestos muy elevados. Los altos impuestos cobrados por Roma sumían al país en una situación de pobreza. Una parte de la población se halla sometida a esclavitud con la finalidad de satisfacer las deudas. No es extraño que los hombres empobrecidos, antes de caer en la esclavitud, intentaran vivir del bandillaje.

Los publicanos eran los encargados de cobrar los impuestos. Trabajaban en una oficina llamada telonio desde la que controlaban la cobranza de las tasas. Además de cobrar los impuestos prescritos, habitualmente exigían a la gente más de lo debido con la finalidad de enriquecerse a sí mismos. Contaban con el respaldo militar, con el que podían extorsionar a las gentes. El deudor insolvente y su familia eran vendidos como esclavos y así satisfacían la deuda.

El pueblo aborrecía a los publicanos por su actitud casi siempre injusta. Eran considerados colaboracionistas con el poder romano y opresores del pueblo. Se los expulsaba de los ambientes judíos y de la relación con el culto. No les estaba permitido participar en la liturgia sinagoga, ni en las fiestas religiosas de la fe israelita.

Un publicano era pecador por triple motivo:

– Por una parte, extorsionaba al pueblo cobrando impuestos excesivos, y practicaba la injusticia sometiendo a la población insolvente a la esclavitud.

– Por otra parte, era un colaboracionista del poder romano, con lo que ayudaba a la continua erosión y decaimiento de la fe judía.

– Finalmente, los fariseos los acusaban de algo muy grave: gracias al cobro de impuestos realizado por los publicanos se mantenía firme el poder romano en Palestina. La presencia de Roma, –según los fariseos– que a los ojos de Dios el país judío apareciera como un lugar impuro. Y por eso Dios retrasaba el envío de un Mesías y la instauración de su Reino.

El pueblo sencillo odiaba a los publicanos por su injusticia. Los gobernantes y nacionalistas judíos los despreciaban por su colaboracionismo con Roma. Las personas religiosas, los fariseos, los consideraban pecadores porque su actitud impedía la llegada inminente del Reino de Dios. A los publicanos no les

quedaba otra alternativa que relacionarse con personas de su condición, gentes a las que los dirigentes judíos consideraban también pecadores y despreciables (Lc 5,30; 7,34; 15,1).

El fariseo ora, se pone de pie ante la presencia de Dios y comienza a orar en voz baja. La actitud de su plegaria se caracteriza por su autosuficiencia y se dirige en dos direcciones: hacer notar las faltas de los demás y destacar las obras de piedad externa que él mismo realiza. Fariseo es aquella persona que ha llegado a ser perfecta exteriormente, pero no se ha convertido interiormente, que se ha pasado la vida luchando por la perfección sin buscar el deseo de la santidad.

La autosuficiencia engendra el orgullo e impide la humildad. La conversión no es sólo fruto del esfuerzo humano, sino que nace del corazón abierto de Dios. El orgullo del fariseo le hace incapaz de mirarse a sí mismo a descubrir su propio pecado. Humilde es aquella persona realista que, mirándose a sí misma, es capaz de discernir aquello de lo que debe convertirse y aquello en lo cual ha de aceptarse. El fariseo no penetra en su propio interior. Contempla a los otros como competidores en el camino de la perfección; y los desprecia porque son ladrones, adúlteros e injustos. Bien pagado de sí mismo desprecia al publicano.

El fariseo es incapaz de mirarse interiormente y contemplarse a los ojos de Dios. Es incapaz de discernir en sí mismo aquello de lo que debe corregirse y comprender aquello en lo que debe aceptarse. Lucha por la perfección pero su corazón está cerrado a la misericordia de Dios. Él, con una sola fuerza, piensa que ha logrado la perfección y desprecia a los imperfectos.

Las palabras y acciones del publicano son más escuetas pero más elocuentes que las del fariseo. Se muestra, en sus gestos, consciente de su culpabilidad personal. Darse golpes de pecho denotaba el sentido de responsabilidad ante el mal causado. No atreverse a levantar los ojos indica que aquel hombre se toma en serio a Dios. Sabe que Dios le mira y le observa. Dios ha visto las injusticias que como recaudador, quizás, haya cometido entre las gentes de su pueblo. El publicano no rehúye su responsabilidad personal frente a la situación de dolor que el sistema impositivo ha generado en todo Israel.

“¡Dios mío!”. La traducción de los textos bíblicos nunca es fácil. Algunas versiones nos ponen las palabras del publicano entre signos de admiración, mientras que no los utilizan al referirse al fariseo. Al decir el publicano “¡Dios mío!”, lo que hace es dar un fuerte grito. Un grito no es rutinario, implica que la situación nos impone respeto. El publicano siente respeto y miedo ante Dios, sabe que Dios no permanece indiferente ante el mal que causamos culpablemente los hombres.

El publicano observa el interior de su vida y se descubre como pecador. Seguramente al abrir su corazón a su propia mirada descubre un pecado muy profundo: el cobro de impuestos desorbitados, el uso de la fuerza para extorsionar al débil. La situación de país conquistado sufrida por los judíos, leyes humanas justificaban el proceder de los recaudadores, pero el publicano sabe que su proceder ante Dios no tiene justificación alguna.

A lo largo de su oración ha hecho lo único realmente importante: abrir el corazón. Darse cuenta de aquellas cosas de su vida necesitadas de conversión. Pide a Dios lo único capaz de cambiar radicalmente la existencia, que no es otra cosa sino la misma misericordia de Dios.

“El publicano volvió a su casa a bien con Dios, y el fariseo no”. Con estas palabras responde Jesús al auditorio que al comienzo lo había increpado. Nadie que no esté dispuesto a abrir el corazón a Dios puede recibir su misericordia.

b) *El buen ladrón (Lc 23,32-47)*

Igualmente, la narración se sitúa en la tercera gran sección del evangelio: La Pasión y Resurrección de Jesús (19,29-25,53). Jesús en la Ciudad Santa, llevará a término en su propia persona todas aquellas cosas que enseñó a los discípulos en el camino. La narración de la crucifixión y muerte de Cristo adquieren, en el tercer evangelio, algunas connotaciones especiales.

Quizá lo más característico de Lucas sea que, a diferencia de los otros en los evangelios, no insiste tanto en los detalles externos del sufrimiento sino que se centra preferentemente en la explicación de la Pasión interiorizada de Jesús. Lucas describe con maestría el drama interno de la Pasión de Cristo. Lucas describe con profundidad la lucha terrible que durante la pasión se desarrolla entre Jesús y las fuerzas del mal. Jesús vence en esta batalla final porque “aguanta en la prueba” y aguanta en la prueba porque se “sabe sostenido por Dios”.

La referencia a la perseverancia aparece en otras ocasiones en el Evangelio. Jesús aguanta porque hay un Dios que lo sostiene en la prueba. La primera vez que Jesús toma la palabra en el evangelio de Lucas es para decirles a José y María: “¿no sabíais que yo tenía que estar en la casa del Padre?” (2,49). La última vez en la que Jesús –antes de su muerte– habla, es para decir: “Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu” (23,46). Toda la vida de Jesús se halla enmarcada entre estas dos ocasiones en las que se dirige a Dios como Padre. La vida de Jesús es la manifestación cierta de que Dios es un Padre de infinita ternura y misericordia. Su vida refleja la verdadera naturaleza de Dios, el Padre de la misericordia.

Con esa certeza en la paternidad de Dios, Jesús durante la pasión es el mártir que muestra una fuerza de alma y una bondad capaces de transformar incluso a sus verdugos y a quienes lo condenan: Pilato lo proclama inocente en tres ocasiones (23,4.14.22), así como las mujeres y el pueblo (23,27-28); el buen ladrón (23,41), el centurión romano (23,47). En el interior del drama de la Pasión se halla el episodio de nuestro estudio. Nos describe la última acción de Jesús en favor de los débiles; vierte su misericordia convertida en esperanza, en el corazón del buen ladrón a quien promete el Paraíso.

La vida de Jesús no es otra cosa sino el despliegue y la manifestación de la misericordia de Dios entre los hombres: el primer acto es un milagro y el último la misericordia con el buen ladrón. La ternura de Jesús sostiene en la certeza de hallarse envuelto en las manos buenas de Dios Padre: sus primeras palabras ante sus padres son para referirse a Dios como Padre, en su último grito pone su espíritu en manos del Padre.

La narración de la crucifixión y muerte del Señor lleva a plenitud la descripción de los dos grandes ejes del evangelio. Dios es un Padre de ternura y misericordia, y Jesús es el Señor a través de quien descubrimos la paternidad y la misericordia de Dios. Dentro de ese relato, se halla la breve narración del buen ladrón. Nos enseña la manera con la que podemos relacionarnos con ese Dios. La forma auténtica de relación con el Señor es la plegaria. Pero, notémoslo bien, una plegaria que no es una evasión, sino que brota de una triple experiencia: la confianza, la gratitud y el sufrimiento. Ésas son las tres características de la oración del buen ladrón.

Morir en la cruz era un suplicio extremadamente duro. Los romanos condenaban a este tipo de muerte a los encausados por motivos políticos y a todos aquellos a quienes deseaban dar un castigo ejemplar. En el caso de Jesús hay una sentencia del Sanedrín que le condena a muerte (Lc 22,66-71). Pero el Consejo judío decide trasladar el caso a la jurisdicción romana, acusándolo de perturbador judío y de rebelión contra el Imperio (23,1-2). Posiblemente los judíos pensarán que los simples cargos religiosos contra Jesús no tendrían peso suficiente ante el prefecto romano. De este modo es Poncio Pilato quien entrega a Jesús para ser crucificado (23,24-25).

La acción de Jesús a lo largo del evangelio es una muestra constante de la misericordia de Dios. Su primer gesto consiste en la curación de un endemoniado (4,31-37); su penúltimo gesto es el perdón otorgado a sus ejecutores. Recordemos que el perdón es una de las más genuinas manifestaciones de la misericordia de Dios.

Los salmos 22 y 31 reflejan los sentimientos de Jesús en la cruz. El salmo 22 nos describe la situación de un justo que se siente abandonado y acorralado por todos. El salmo 31 nos describe la historia de un justo que se siente perseguido y se acoge en el regazo de Dios. Jesús es el modelo de justo condenado que deposita su vida en las buenas manos de Dios.

El último acto de la vida de Jesús consiste en derramar la misericordia en el corazón del buen ladrón e incorporarlo a su reino. La muerte de Jesús suscita la conversión del centurión. Viendo la muerte de Jesús aquel hombre exclama: “Verdaderamente este hombre era justo”. La muerte de Jesús es la síntesis de lo que ha sido su vida: un esfuerzo de sembrar misericordia para suscitar el seguimiento.

La fe, si no representa el todo de la vida, no significa nada en la existencia humana. Cada uno de los ladrones crucificados a su lado representa una actitud contrapuesta.

Al pie de la cruz los soldados y los jefes del pueblo se burlaban de Jesús. La misma actitud muestra el ladrón que lo insulta. Tanto este malhechor como los jefes del pueblo tenían una idea distorsionada de la figura del Mesías. Todos esperaban la llegada del Mesías, el Salvador de Israel. Nadie podía pensar que el hombre clavado en la cruz entre dos delincuentes fuera el Mesías ansiosamente esperado por todos. Jesús es aquel que nos libera, no desde la apariencia deslumbrante sino a partir del escándalo de la cruz.

Este malhechor busca en la persona de Jesús una salvación particular: “Sálvate a ti mismo y a nosotros”. No le interesa la salvación de todo Israel, desea un Mesías hecho a medida y para su propia salvación. Tampoco se preocupa por especificar las razones por las que lo han llevado a la cruz. Es el otro malhechor quien se lo recuerda: “lo nuestro es justo”, le dirá su compañero de patíbulo.

Este ladrón muere en la cruz a causa de sus fechorías. Pero es incapaz de darse cuenta de que lo que está padeciendo se debe a una condena por sus maldades. La incapacidad de penetrar en su interior, le impide descubrir la identidad de Aquel que está crucificado a su lado. Aprecia en Jesús a un personaje que, como tantos otros, se ha identificado con el Mesías. Por eso participa con actitud de sorna en la burla de los soldados y jefes del pueblo. Notemos lo más importante: aunque este malhechor sea completamente inconsciente de ello, Jesús está muriendo por él en la cruz, a su lado. Este ladrón sufre en la cruz, y tal vez, se lanzó al bandidaje porque era el único camino que le quedaba en la vida. El mensaje de Jesús estaba pensado privilegiadamente para él. No ha podido experimentarlo ni captarlo. Pero no por eso Jesús ha dejado de padecer en la cruz para

inaugurar un reino en el que el mal desaparezca y en el que este ladrón pueda ser alguien feliz.

Por su parte, el buen ladrón sufre en la cruz a causa de sus propias culpas y es consciente de ello. Al ser capaz de verse a sí mismo como es, nace la posibilidad de comprender a los demás como realmente son. En el corazón del buen ladrón aparece la capacidad de ver a Jesús y a Dios como son verdaderamente. Afirma de Jesús: “Este no ha hecho nada malo”. Cuando todos están burlándose de Cristo, sólo él –el prototipo de hombre humilde– reconoce la auténtica realidad de Jesús: “no ha hecho nada malo”. Su vida ha sido una denuncia constante contra todos aquellos que, desde su condición de poder, hacen el mal; y por eso éstos mismos lo han condenado a muerte.

Una vez que el ladrón ha percibido la verdadera realidad de Jesús, surge en él una segunda actitud: el temor de Dios. “¿Ni siquiera tú, sufriendo la misma pena, tienes temor de Dios?”.

Al comienzo del Evangelio el ángel de Dios se dirige a Zacarías, a María y a los pastores, con una expresión muy semejante: “no temas” (1,13.20; 2,10). La Virgen dirá en el Magnificat: “... y su misericordia alcanza de generación en generación a los que le temen” (1,50). Jesús, al dirigirse a Simón le dice: “No temas. Desde ahora serás pescador de hombres” (5,10).

El temor de Dios no coincide con el sentimiento de pánico ante la presencia divina. El temor de Dios significa el ámbito en el que es posible percibir la misericordia de Dios. Una persona temerosa de Dios, es aquella que se sabe en el regazo de Dios, y desde la certeza de sentirse en Dios puede aperecerse de su ternura.

El buen ladrón está padeciendo el cruel suplicio de la cruz. Allí, en medio del dolor, ha sido capaz de mirarse a sí mismo y con humildad reconocer los motivos de su crucifixión. La humildad lo ha llevado a descubrir la naturaleza de Jesús. Del reconocimiento de Jesús nacerá el temor de Dios, la certeza de sentirse en el amor de Dios. Y, finalmente, desde el temor de Dios brotará la auténtica plegaria: “Jesús, acuérdate de mí cuando vengas como rey”. Jesús le responde: “Hoy estarás conmigo en el paraíso”. Antes de que el ladrón lo pida, Jesús ya ha construido el nuevo reino. En el fondo de la plegaria del malhechor hay una raíz de acción de gracias. Jesús habiéndolo amado primero, ha inaugurado el reino en el que el buen ladrón pide participar.

El buen ladrón desde la experiencia de su sufrimiento, obtiene la herencia eterna. El joven rico también pide a Jesús la herencia eterna (18,18-23), pero le da miedo pasar por el trago de la cruz, y por eso se marcha cabizbajo. El buen la-

drón pone su vida en manos de Jesús: “acuérdate de mí, cuando estés en tu reino”. Una petición muy breve que condensa de forma muy breve la opción cristiana.

La divinidad de Dios se aprecia a través de la humanidad de Jesús. Sólo en la cruz vemos el auténtico rostro de Dios. Un Dios que ha llevado su amor hasta el extremo de entregar su vida por amor. La plegaria del buen ladrón se dirige al auténtico rostro de Dios.

El buen ladrón ha descubierto al único que es bueno, al que no ha hecho nada malo: Jesús. Y desde el sufrimiento de la cruz y desde el dolor de haberlo perdido todo, le pide lo único importante: estar con Él en el Paraíso. El joven rico también pedía la herencia eterna pero sin pasar por la cruz. Un cristiano tiene como objetivo la herencia eterna, pero sabe muy bien que esa opción pasa por tomar la cruz de cada día y seguir a Cristo hasta el final.

En la dependencia más sagrada del Templo había una cortina que ejercía una función simbólica. Separaba el espacio del Templo del resto del mundo. De esta manera el universo estaba dividido en dos espacios distintos: el espacio sagrado y el espacio profano. Con la muerte de Jesús esta cortina se rasga de arriba abajo. Cristo ha liberado toda la realidad humana. Ya no hay un espacio profano y un espacio sagrado enfrentados entre sí. Con Jesús todo ha sido liberado, ha comenzado el reino de Dios para todos.

Llegamos ahora, a la quinta parte de nuestro estudio. La llamada de Jesús a sus discípulos no es algo que tuviera lugar simplemente en el pasado. Jesús llama hoy, a todos nosotros para que seamos sus amigos y seguidores.

El tercer evangelio se inicia con dos preludios: los relatos de la infancia de Jesús

(1-2) y el ministerio de Juan Bautista juntamente con las tentaciones de Jesús en el desierto (3-4).

El primer prólogo nos anuncia la clara identidad de Jesús: Él es el Mesías, el Señor (2,11) que se halla en las buenas manos del Padre (2,9). El segundo preludeo, concretamente en el relato de las tentaciones, especifica claramente el tipo de mesianismo representado por Cristo. Él es el Mesías, pero no traerá la liberación con una apariencia deslumbrante o con un poder absoluto. Cristo nos salvará desde la vida humilde y compartida, y a partir de la actitud de servicio y entrega (4,1-13).

El episodio de la sinagoga de Nazaret tiene una ubicación especial. Se sitúa a continuación de los relatos de la Infancia y constituye a la vez, la puerta de entrada a la primera gran sección del Evangelio: el ministerio de Jesús en Galilea (4,14-50). Podríamos afirmar que la perícopa objeto de nuestro estudio sintetiza

los elementos de los dos preludios y presenta, por adelantado, lo que será la primera parte del evangelio.

Se inicia el ministerio de Jesús en Galilea con el mensaje programático de Jesús en la sinagoga de Nazaret (4,14-22). Y después, en diferentes trazos, y a lo largo de toda la sección, se van delineando las consecuencias de ese programa. Veamos los grandes ejes en que se despliegue el mensaje programático del Señor y los grandes temas de la primera sección.

Los milagros de Jesús son la manifestación palpable de la liberación que Jesús ha venido a otorgar a los pobres y a los débiles. En esta sección se concentran la mayoría de los milagros de Jesús. Curación de un endemoniado, de la suegra de Pedro, y otras muchas curaciones anónimas (4,31-41); curación de un leproso y de un paralítico (5,12-26); el hombre de la mano seca (6,6-11); curación del siervo del centurión; el hijo de la viuda de Naím (7,1-17); la tempestad calmada, el endemoniado de Gerasa, la hemorroísa y la resurrección de la hija de Jairo (8,22-56).

Observemos que los relatos de vocación están entremezclados con las narraciones de milagros. El objetivo de la descripción de los milagros radica en motivar en quien los presencia la decisión de seguir a Cristo. Por eso ambos tipos de narraciones presentan una cierta alternancia. Los relatos específicos de vocación son: la vocación de los cuatro discípulos (5,1-11); la llamada de Leví (5,27-28); elección de los doce (6,12-16), las multitudes que van en pos de Jesús (6,17-19).

A los discípulos que han aceptado seguirle, Jesús les mostrará la dureza del camino (9,23). Pero también les presentará el gozo del seguimiento (9,27).

La acción de Jesús suscita la vocación en aquellos que conviven con el maestro, pero también provoca el rechazo de quienes detentan el poder político y religioso. La llamada de Jesús no deja lugar a la indiferencia, implica la adhesión total o el rechazo absoluto.

Los que más fácilmente aceptan el mensaje son los pobres, los marginados y todos aquellos que el sistema social imperante ha rechazado. Los pecadores en casa de Leví (5,29-32); la muchedumbre del pueblo (6,17-19); la pecadora perdonada (7,36-50); las mujeres (8,1-3); los seguidores de Juan Bautista interesados por Jesús (7,18-30). Por el contrario, la buena nueva encuentra reticencias y adversidades en quienes tienen un papel directivo en el ambiente de la época. Las gentes de la sinagoga (4,23-30); los fariseos y los escribas (5,30-39).

La palabra de Jesús es como una semilla plantada en el corazón humano (8,4-15), germina cuando la tierra que la recibe es buena. El enfrentamiento de

Jesús con escribas y fariseos no es casual. Surge por dos razones: por una parte, el hecho de manifestarse en favor de los débiles, supone no estar a favor de quienes dominan en el sistema vigente. Y por otra, aquellas cosas que Jesús dice constituyen una interpretación particular del AT que se enfrenta directamente con la interpretación común de los fariseos.

Jesús afirma la bienaventuranza para los pobres, los hambrientos, los que lloran, los que son odiados e injuriados (6,20-23). Profiere malaventuranza contra ricos, los que están saciados, los que ríen, aquellos de quienes se habla bien (6,24-26). Predica el amor a los enemigos, la misericordia y la honradez (6,27-49).

Todo discípulo se encuentra con la Palabra del Señor. Esta palabra no es neutra, exige una toma de decisión en quien la oye.

En el primer anuncio de la Pasión, Jesús les dice: “el Hijo del Hombre debe sufrir mucho... ser ejecutado y resucitar al tercer día” (9,22). Esta cita del Evangelio hace hincapié en la cruz y la Pasión de Jesús, aunque también refiere la Resurrección final. Jesús no se limita a anunciar un mensaje radical y atrayente; Él mismo lo lleva a término, lo padece en su propia persona. En esta referencia bíblica Jesús se manifiesta –preferentemente como el Cristo sufriente.

En (9,29-36), el primer relato de la Pasión presentaba el aspecto sufriente de la vida de Jesús, pero dejaba entrever el resquicio de la Resurrección. El relato de la transfiguración muestra en toda su plenitud el aspecto gozoso y triunfante de Jesús. La muerte y la sepultura no tienen la última palabra, la última palabra está siempre en los labios del Dios de la vida.

El discurso de la sinagoga de Nazaret actúa como una bisagra entre la introducción y la primera sección del evangelio. Recoge el contenido del prólogo; Jesús es el Señor que está en las manos buenas de Dios Padre. Y desde esta certeza, anuncia el gran mensaje de Jesús para todos los hombres y mujeres; la Buena Nueva de la liberación.

3. MARÍA DE NAZARET

El Evangelio de Lucas nos presenta la figura de María como el mejor ejemplo de quien ha sabido encarnar y vivir el proyecto de Jesús. Ella es la “llena de gracia” que engendra en sus entrañas la liberación de Dios entre los hombres. Ella ha recorrido el camino cristiano y ha experimentado en plenitud las mara-

villas de Dios. La teología cristiana y la revelación nos enseñan que María fue concebida sin pecado original. En esa concepción recibió el perdón y la curación del Dios de la misericordia. A los pies de la cruz se encontró con el rostro de los pobres, reflejado en el cuerpo de su hijo que padecía en el patíbulo. En el cenáculo, orando con los discípulos, experimentaba la certeza de la nueva vida del Señor.

Una obra musical escénica siempre comienza con un prelude. En él, el compositor sintetiza los elementos que van a ser desarrollados en el conjunto de la pieza. A modo de una ópera, en nuestro texto también van a tratarse después los temas que constituye una obra larga. Por eso necesita una “obertura”, como prólogo.

La introducción a la obra de Lucas la constituyen los relatos de la infancia de Jesús. No son un resumen de la vida de Cristo. El evangelio de la infancia nos presenta el núcleo esencial de la persona de Jesús, y a la vez, nos indica las características del discípulo.

En el prólogo, Jesús es descrito con los trazos que más adelante se desarrollan en el evangelio: Él es el Señor (2,11) que se sabe en manos de Dios Padre (2,49). Como nos cuentan Simeón y Ana. Él es Salvador esperado por todo Israel (2,33-38) pero su misión liberadora no le va a ser fácil. Nace en la pobreza de un pesebre como prefiguración del dolor de la cruz (2,12), pero será luz iluminadora de los gentiles y gloria de Israel (2,32).

Las narraciones de la Infancia (1-2) ponen ante nuestra mirada algunos personajes que representan el prototipo del discípulo de Cristo. Simeón es el símbolo del Israel piadoso que aguarda ansiosamente la llegada del Señor (2,22-35). Ana es la mujer de edad avanzada y viuda, ejemplo de los pobres y débiles que tienen puesta su única esperanza en la llegada del Salvador (2,36-38). Aunque estas figuras son importantes, el personaje central es María.

María recibe la llamada del Señor: “Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo” (1,28). María experimenta la certeza de la bondad de Dios: “para Dios no hay nada imposible (1,37). María responde con generosidad a la llamada y a la confianza depositada en ella por Dios: “hágase en mí según tu palabra” (1,38). María es llamada por Dios (1,26-38), y la respuesta de su vida es narrar las maravillas del Altísimo” (1,46-55).

La vida cristiana no es una acción voluntarista nacida del deseo personal. La vida cristiana es siempre una respuesta a la voz de Dios que nos llama primero. Dios nos ha amado antes de que naciéramos y le conociéramos. La opción cristiana es la respuesta positiva del hombre a la voz de Dios que lo llama y lo ama el primero. Cuando el ángel se dirige a María comienza comunicándole la certeza

del amor de Dios: “El Señor está contigo”, ésa es la razón profunda por la que María puede exultar de gozo.

Los ángeles son mensajeros de la divinidad pero además de eso participan de la misma proximidad con Dios. Uniendo esos dos matices de la palabra “ángel”, el de “mensajero” y el de “alguien muy próximo a la divinidad” podríamos afirmar que un ángel es un don de Dios a sus criaturas. No es simplemente el portador de un mensaje, es el portador de una buena noticia que lleva la liberación a quien le recibe. Un ángel es un don de Dios a los hombres que implica siempre la gracia y la liberación. De alguna manera un ángel es una metáfora de la misma presencia de Dios.

El ángel se comunica con la virgen de Nazaret llamándola por su propio nombre: María, Dios nos conoce a cada uno de nosotros personalmente. Él es quien nos ha engendrado. Ante Dios no somos un número, ni siquiera una cosa más entre tantas como hay en la creación. Dios nos conoce a cada uno por su nombre, incluso a veces con un nombre muy familiar. En el AT Dios conoce a su pueblo perfectamente y se dirige a él con nombres muy cariñosos.

La llamada del Dios liberador provoca respeto en quien la recibe, pero nunca pavor o pánico. La voz del ángel quiere suscitar en María la confianza, de ahí las palabras “No temas”.

María, por mediación del ángel, ha aprendido que Dios la conoce por su propio nombre y que ha puesto en ella su confianza. Pero también escucha con respeto el proyecto de Dios ideado para ella: “Vas a concebir en el seno y vas a dar a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús. Él será grande, y será llamado Hijo del Altísimo, y el Señor Dios le dará el trono de David su padre, reinará sobre la casa de Jacob y su reino no tendrá fin” (1,31-33).

María se siente conturbada ante la sorpresa de que Dios la haya concedido el don de dirigirse a ella y llamarla. El encuentro con Dios es siempre un momento de misterio. Es la experiencia de entrar en un ámbito nuevo. Después de la sorpresa de saberse privilegiada del Señor. María experimenta el temor y el respeto ante el proyecto divino. No entiende cómo Dios puede pedirle algo inaudito. María ante la grandeza divina descubre la pequeñez de sus propios límites. Ella es una mujer virgen que aún no se ha casado con José.

Cuando María recibe el anuncio del ángel se halla desposada con José, pero aún no ha tenido lugar la celebración del matrimonio. María y José vivían cada uno en casa de sus padres aguardando el día de la boda. Como era costumbre entre las parejas judías, no mantendrían ningún tipo de relación. Según las costumbres de la época, cuando una muchacha desposada con un hombre tenía

un hijo con otro, era considerada adúltera y cómo tal era apedreada hasta la muerte. María no puede entender cómo Dios le pide algo semejante, el tener un hijo, y no precisamente de José, antes del matrimonio; por eso dice al ángel: “no conozco varón”.

Cuando percibimos la llamada de Dios nos sobrecoge el misterio. Es entonces cuando de veras captamos nuestros límites. Cuando oímos el proyecto concreto de Dios para nuestra vida, nos damos cuenta que nuestras fuerzas humanas son insuficientes para llevarlo a cabo. Ése fue, también, el sentimiento de María: el respeto, el darse cuenta de que por sí sola no se bastaba, el captar sus límites. Pero también junto a aquel temor estaba la fuerza de Dios: “porque para Dios no hay nada imposible”.

El proyecto de Dios para María es, a ojos humanos, irrealizable: “darás a luz un hijo y le pondrás por nombre Jesús”. Los proyectos de Dios no salen adelante con las solas fuerzas humanas, los proyectos de Dios triunfan con la misma fuerza de Dios. Cuando aceptamos seguir el camino indicado por el Señor, es el mismo Dios quien nos proporciona la fuerza para llevarlo a cabo.

Dios está con María: “El Espíritu Santo bajará sobre ti y la fuerza del Altísimo te cubrirá con su sombra...”. Notemos la semejanza existente entre estas palabras y las que pronuncia Jesús en la Sinagoga de Nazaret (4,4-22). María experimenta la confianza de sentirse cubierta por la presencia del Altísimo, y desde esa plenitud llevará adelante el proyecto de Dios, dar a luz a quien es la misericordia de Dios entre los hombres.

Con la ayuda de Dios la respuesta de María es transparente: “Hágase en mí según tu palabra”. María se pone en manos de Dios y le pide al Altísimo que su palabra la transforme. La vida cristiana es el camino que se recorre en pos de los pasos de Cristo. Pero también es la serena certeza de experimentar la constante transformación que la Palabra de Dios, calladamente va obrando en nosotros.

Al principio el profeta anunciaba el cambio propuesto por la Palabra de Dios en favor del pueblo abatido. Al final constata que, efectivamente, el pueblo ha sido transformado por la Palabra. María es el ejemplo de quien se deja modelar por la Palabra. El que se deja moldear por la Palabra experimenta la certeza de que “para Dios no hay nada imposible”. María puso sus límites en manos de la Palabra de Dios, y aquella virgen dio a luz al Salvador por el poder mismo de la Palabra. Los proyectos de Dios salen adelante con la fuerza de Dios.

El Magníficat (1,46-55) constituye un himno de acción de gracias a Dios. Nos describe, desde el corazón de María, la respuesta de la Virgen a la llamada de Dios. El relato de la Anunciación (1,26-38) nos comenta las etapas externas de la

vocación de María. El Magnificat nos hace saber cómo la llamada del Señor resonó en el corazón de la Madre de Dios.

La experiencia de Dios anunciada por María en el Magnificat refleja plenamente la experiencia de Dios tenida por el pueblo de Israel. Nuestra vivencia de Dios es siempre particular y específica, pero participa totalmente de la presencia de Dios en el seno de la comunidad cristiana. El eco de la voz de Dios en el interior de María, permite discernir la vivencia de Yahvé experimentada por Israel a lo largo de su historia. Una historia que es respuesta a la voz de Dios que suscita en Israel el deseo de santidad: "...sed santos como vuestro Dios es santo" recuerda a menudo el AT.

Dios salva porque libera. María, como Israel, se siente salvada y liberada por Dios. El Señor la hizo suya de la misma manera que constituyó a Israel como pueblo de su heredad (Ex 6,7).

Yahvé eligió a Israel como posesión personal suya. Hubiera podido elegir a otros pueblos más grandes e importantes como eran Egipto o Mesopotamia. Pero el Señor eligió un pueblo pequeño, una nación de la que podía recibir pocas cosas a cambio de la elección. El Dios de Israel actúa gratuitamente. Cuando llama para llenarnos, como a María, de su gracia y de su ternura.

En el momento en que Dios llamó a Israel lo constituyó en servidor. Para el AT un servidor no es un esclavo, ni tampoco alguien sometido a la tiranía de otro. El AT nos presenta a Moisés como prototipo de siervo del Señor, aquel que participa de la dimensión liberadora de Dios. María es la sirvienta de Dios, aquella que participará de una manera privilegiada de la gran liberación de Dios en favor de los hombres: la encarnación, la muerte y la Resurrección de Jesús.

Yahvé es el Dios que liberó a Israel de Egipto, pero su misión no concluyó con este acontecimiento. Dios acompañó a su pueblo liberado y realizó constantes maravillas (Ex 19-24). Los profetas, la voz de Dios en medio de Israel, nos recordarán la santidad de Dios (Is 6); el amor constante e indefectible de Dios por su pueblo (Os 1-3); la fidelidad permanente de Dios a sus promesas (Miq 7,20). Expresiones, todas ellas, que aparecen en el Magnificat.